



Natchaieving Méndez

Diablos Danzantes de Aragua

Ángeles que no cayeron

EL PERRO
y LARANA



Diablos Danzantes de Aragua



1.^a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Natchaievng Méndez

© Fundación Editorial el perro y la rana

Edición y corrección

Alvaro Trujillo

Diagramación, ilustraciones y diseño de portada

Arturo Mariño

Imagen de portada

Fotografía de José Manuel Peñalver

Fotografías

José Manuel Peñalver (JMP)

Ana Montagne (AM)

Richit Sosa (RS)

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5624-7

Depósito legal: DC202400132

Natchaieving Méndez

Diablos Danzantes de Aragua

Ángeles que no cayeron



Presentación



El libro *Diablos Danzantes de Aragua* es el resultado de cerca de cinco años de investigación del equipo que laboramos, entre 2014 y 2018, en el periódico Ciudad MCY.

Todos los que tuvimos que ver con este proyecto teníamos algo en común: para nosotros los Diablos Danzantes de Corpus Christi no es una manifestación cultural más, representa una muestra viva de la historia; un testigo de devoción, entrega, identidad, arraigo, ancestralidad y, sobre todo, una energía mágica religiosa que contagia hasta el más escéptico.

Precisamente por ubicarnos en Aragua, uno de los estados que posee mayor cantidad de cofradías de diabladas ingresadas por la Unesco Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, nos surgió la curiosidad de conoce a fondo, desde la voz de sus protagonistas, esta expresión religiosa cultural que es única tanto por la riqueza de sus historias, símbolos y anécdotas de sus exponentes, como por la belleza

de los colores, creatividad artesanal e ingenio artístico propios de los promeseros al Santísimo Sacramento.

Visitar en Corpus Christi las cinco localidades aragüeñas que abrigan a esta manifestación, fue vivir en el presente aquella historia que se aprende con un significado lejano a nuestra realidad, por lo que su comprensión no se conecta con la contemporaneidad. Definitivamente, fue reconocer, admirar, valorar, entender y amar esta expresión, desde una emocionalidad que es única y que tratamos de plasmar en palabras e imágenes.

Diablos Danzantes de Aragua. Ángeles que no cayeron es un tributo al patrimonio, a nuestra venezolanidad, a esa esencia viva que permanece pese a los años y el paso de las generaciones. Es honrar ese tesoro vivo que es transmitido de abuelos a hijos, de hijos a nietos y que, incluso desde el vientre materno, forma parte de lo que hace a un pueblo diferente, excepcional, en el mundo.

NATCHAIEVING MÉNDEZ

Al Santísimo Sacramento del Altar que nos iluminó el camino para conocer esta manifestación cultural

A mi madre, mis hijas, mis hermanos y padre porque son cómplices de mi pasión por el estudio del patrimonio

A todos los promeseros y promeseras al Santísimo Sacramento, especialmente a José Echenagucía “Cheché”, quien desde la inmortalidad seguirá transmitiendo esa energía y devoción, que en su momento fue clave para la realización de este homenaje a cientos de hombre y mujeres, que como él, son garantes de la preservación del patrimonio cultural que identifica a los pueblos y los hace únicos.



VIII Encuentro Regional de Diablos Danzantes. Camatagua, Aragua, 2014. Fotografía: José Manuel Peñalver

Diablos Danzantes de Corpus Christi



Noveno jueves luego de Semana Santa, para hombres y mujeres de diversas localidades venezolanas no es un día cualquiera. Desde hace meses esperan este día y por él se han preparado arduamente, tanto en la logística como en lo espiritual. Reparan maracas, cencerros, mandadores; renuevan trajes; retocan los colores vivos de las máscaras. Un buche de agua bendita y... Ave María diablo: ¡Llegó el Corpus Christi!

Una de las celebraciones más emblemáticas del solsticio de verano, sin restar importancia y belleza al resto que se realizan durante esta época en Venezuela, es sin duda los Diablos Danzantes de Corpus Christi. Desde hace siglos, esta manifestación ha estado en el ojo de muchas personas, especialmente a partir de diciembre de 2012, cuando once cofradías venezolanas fueran reconocidas por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco): Patrimonio Cultural Intangible de la Humanidad, el primero inmaterial para el país.

De acuerdo a los cultores y practicantes de esta expresión de fe al Santísimo Sacramento, las investigaciones acerca de esta tradición son infinitas. No obstante, la



indagación de documentos escritos sobre la manifestación cultural religiosa es escasa y en la actualidad se orientan a las once cofradías reconocidas por la Unesco, dejando de lado otras que o bien han permanecido intermitentes en el tiempo o existieron en un momento de la historia venezolana.

12

Lo cierto es que esta expresión del pueblo, si bien llegó a tierras venezolanas por un proceso de dominación a través de la religión, está arraigada en lo más profundo de las costumbres, creencias y esencia de diversas poblaciones del país, en especial de: Cata, Cuyagua, Ocumare de la Costa, Turiamo, Chuao de Aragua; Patanemo y San Millán de Carabobo; Naiguatá de La Guaira; Yare de Miranda; San Rafael de Orituco de Guárico y Tinaquillo de Cojedes.

Desde 1265 cuando Santa Juliana de Mont Cornillon asemejó la imagen de un eclipse lunar con la hostia consagrada y solicitó a las autoridades de Roma hacer una misa en honor a la Transubstanciación de Cristo en el pan y el vino, hasta nuestros días cuando más de 5 mil personas son devotas al Santísimo Sacramento del altar, muchas lunas, soles y aguas han pasado. No obstante, la esencia sigue siendo la misma: la fe.

Organizados en cofradías, sociedades o hermanadas, la manifestación Diablos Danzantes de Corpus Christi no solo ha logrado mantenerse por más de 400 años, además se consolidado por varias generaciones una forma de organización basada en los valores más puros de la sociedad como la solidaridad, pertenencia, diversidad cultural y cumplimiento de la palabra empeñada, que hace visible a escala nacional e internacional un sistema de colaboración y apoyo que sirve de ejemplo de una buena convivencia y dinamismo social, partiendo de su cultura originaria.



Chuao, Aragua. 2017. JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014.
Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Ocumare de la Costa, Aragua. 2016.
Fotografía: ANA MONTAGNE



Los Diablos Danzantes no son solo quienes visten de trajes vistosos y coloridos y bailan al ritmo de la tambora, la caja o el cuatro, es una expresión que involucra a toda una población que se aboca completa, desde diferentes roles, al cumplimiento de una promesa; una expresión cultural que los hace uno y que llevan consigo desde que están en el vientre materno.

Por ello, las nuevas generaciones que nacen y crecen con el recorrido de los Diablos cada noveno jueves después de la Semana Santa, espera con ansias esta fecha y aún más pertenecer a una tradición ancestral que los devuelve aún más a su tierra y ser parte de una referencia mundial que identifica al pueblo venezolano.

Así, no debe confundirse esta devoción con nuevos actos de creencias religiosas, pues es una manifestación que va mucho más allá. Es la muestra de lo expresado en el prólogo de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, que define a la sociedad venezolana como “multiétnica y pluricultural”; una muestra de lo surgido en la interacción de las culturas indoamericana, europea y africana.



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



Ocumare de la Costa, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTASGNE



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: Ana Montagne

El eterno triunfo del bien sobre el mal



La lucha entre el bien y el mal ha estado siempre presente en la historia de todas las culturas, religiones y actos ceremoniales transmitidos por el contacto entre los pueblos, especialmente, si este intercambio obedece a un proceso de dominación, como ocurrió en América, y específicamente, en Venezuela.

En 1317, Juan XXIII estableció que las sociedades religiosas rindieran culto al Santísimo Sacramento y recorrieran las calles celebrando la transubstanciación (cambio del cuerpo y sangre de Cristo por el pan y el vino). A partir de este momento se implementó que, en representación del “mal”, tarascas, enanos, personas vestidas de romanos, bailadores y diablos marcharán de espaldas en señal de rendición: la primera victoria simbólica del “bien”.

Así, no es descabellado pensar que este “mal” haya aprovechado su representación para colarse y hacer travesuras que quedarían en la tradición oral de los creyentes del Santísimo, influyendo también en un pueblo sometido físicamente por



los hacendados europeos, y psicológica y espiritualmente “en nombre de Dios” por frailes y administradores.

Lo cierto es que en la boca del pueblo se escuchan historias en las que “El Maligno”, “el Innombrable”, “Satanás”, “El Cachúo”, “Mandinga” y sus múltiples nombres no solo se ha confundido entre los danzantes, sino además ha espantado a más de uno, susto que permanece en el sentimiento que se vive en Corpus Christi.

Al conversar con promeseros de distintas cofradías, estos coinciden en que el día de Corpus Christi es el único en el año en el que el Cachúo tiene el permiso para zafarse del pie de San Miguel. Por ello, por el peligro espiritual que significa, un requisito común en todas las hermandades es haber hecho la primera comunión (tercer sacramento católico), así como aprenderse los rezos y oraciones de la mencionada religión, resaltó en entrevista al diario Ciudad MCY Antulio Pacheco, presidente de la Cofradía Nacional de Diablos Danzantes de Venezuela.

La presencia de la Cruz, como símbolo que rememora el madero en el que Jesús de Nazareth entregó su cuerpo físico por la humanidad, también siempre está presente en los Danzantes de Corpus. En escapularios, ropa, máscaras, capas, pantalones, en fin, en alguna parte de la indumentaria o del cuerpo del promesero este símbolo de protección nunca puede faltar.

Consultado en 2015 por el periódico Ciudad MCY, Casimiro Croquer, primer capataz de los Diablos Danzantes de Turiamo, refirió que, aunque los turiameros no tienen muchas historias con el Maligno, antiguamente se decía que, cada vez que se contaba a los cofrades, siempre había uno de más. Por eso, antes de danzar, se coloca una cruz con un preparado de agua bendita y una sustancia aromática en un lugar



del cuerpo del promesero que no se ve. Este ritual es repetido por todas las cofradías y, en general, es guiado por el diablo de mayor jerarquía.

También es frecuente encontrar la cruz en los pasos del baile y de la formación coreográfica de la danza de los promeseros, como un escudo que impide que “el Diablo real” se incluya en el ritual y confunda.

Otro forma que tienen los danzantes de defenderse de “el mal” es incorporar a su traje de pequeñas campanas, cencerros, cascabeles y sonajeros que “no solo armoniza la procesión sino que espanta al que llama “el innombrable”, recalcó José Manrique, quinto capataz de los Diablos Danzantes de Ocumare de la Costa.

Es común observar que, si algún animal se atraviesa en el camino de los danzantes, reciba un cuerazo del capataz o capitán de la cofradía, especialmente los perros. La explicación de esta acción es que los promeseros consideran que estos animales tienen almas puras en las que muchas veces el Maligno logra colarse, para provocar y hacer pasar un mal rato a los cofrades que se burlan de él ante el Santísimo Sacramento.

Aún más, en todas las cofradías, excepto en Naiguatá, cada uno de los danzantes lleva una maraca en la mano derecha, que tiene como fin espantar los malos espíritus tal como se hacía en las ancestrales ceremonias rituales indígenas.

Un aspecto que no puede faltar durante el recorrido frente a los altares y sobre todo ante al Santísimo Sacramento, son oraciones y rezos que protegerán a cada cofrade de ser utilizados como vehículos de “el Mal” para hacer acto de presencia en este plano terrenal.



Bahía de Cata, Aragua, 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Ocumare de la Costa, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



En Chuao, esta misión la llevaba María Tecla Herrera y ahora es seguida por Edi Liendo, quien no solamente tiene la función de preparar los escapularios de los cofrades, sino que es considerada una madre espiritual del pueblo.

“A todos los santiguo por igual, uno tiene que prepararse para ese día, orar mucho, por lo menos yo hago ayunas, porque uno tiene que fortalecerse, uno no sabe con qué se encuentra. Hay personas que tienen que devolverse porque no danzan, porque se van para otro lado o no están preparados y pueden perderse”, declaró en 2014 al diario Ciudad MCY.

Es por ello que al momento de detectarse la presencia de una presencia maligna, quien tiene la capacidad para atender esta situación es el Capataz, el Capitán o el Diablo Mayor, pues es el que tiene más conocimientos que el resto de los cofrades.

José “Cheché” Echenagucia, Diablo Mayor de los Diablos Danzantes de Ocumare de la Costa, quien asegura haber tenido sus encuentros con “el mismísimo”, subrayó que la persona que tenga una máxima jerarquía no solo debe poseer liderazgo y respeto en la cofradía, también debe conocer cómo defenderse y defender a los demás espiritualmente.

Es así, como los saberes ancestrales, esos que traspasan los límites cuantificados y calificados por la ciencia, permanecen intactos en la raíz de los pueblos, forman parte de su sistema de creencias y explican lo que el modernismo nunca ha podido teorizar: la eterna lucha entre el Bien y el Mal.



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTSANGE



Cuyagua, Aragua. 2016. FOTOGRAFÍA: ANA MONTAGNE

Diablos danzantes de Aragua

Cinco baúles territoriales de historia



27

Aragua, estado ubicado en la región central de Venezuela, es privilegiado no solamente por la riqueza paisajística y por su potencial económico, también es el albergue de una inmensa historia ancestral y cultural.

En esta entidad se ubican cinco de las once (11) cofradías de Diablos Danzantes de Corpus Christi que ingresaron el 6 de diciembre de 2012, a la lista representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad que aprueba la Organización de la Naciones Unidas para la Educación, Ciencia y la Cultura (Unesco).

Es así como en Chuao, Cata, Ocumare de la Costa, Cuyagua y los sectores populares de Maracay: 23 de Enero, Barrio El recurso y la Coromoto, localidades últimas que guardan la herencia de la desterrada población de Turiamo, cada jueves de Corpus Christi todas las actividades cotidianas hacen un alto para dar continuidad a una tradición que evoca sus raíces.

Antulio Pacheco, presidente en 2014 de la Asociación Nacional Diablos Danzantes de Venezuela, explicó que contrario a lo que algunos piensan, esta tradición no proviene de los negros esclavos traídos en la época colonial. Fueron los grandes hacendados y frailes españoles que llegaron con la invasión europea, quienes



además de mantener vivas sus tradiciones, impusieron parte de estas celebraciones católicas a los negros, quienes sometidos por su patrono y mezclados con otros africanos esclavos con religiones y dialectos diferentes, dejaban a un lado sus creencias y asumían una alternativa, bajo su propia interpretación del mundo.

“Quizás los primeros se resistieron pero sus descendientes comenzaron a tomar esta tradición con fe y devoción”, destacó Pacheco quien dijo además que esta manifestación llegó al país, específicamente a Coro, cerca del año 1582 y luego se fue extendiendo hacia las grandes haciendas.

Esta celebración llegó incluso a Caracas, donde muchos años después aparecen registro de la celebración de Corpus Christi asignada a un personaje vinculado a las artes dancística llamado Melchor Machado, quien guiaría a los danzantes que curiosamente no serían los mantuanos, sino indígenas y negros esclavos. No obstante un sacerdote de apellido Sotomayor y Bolaños, dijo que no quería diablos en Caracas, por lo que la manifestación quedó en poblaciones aledañas como parte de Miranda, Aragua y Carabobo, detalló Pacheco.

En algún momento de esta época, refirió el cultor, esta fiesta en honor a la hostia sacramentada fue prohibida en Venezuela pues según “carecía de belleza”, teniendo como causa real la falta de dinero para cubrir la celebración. Debido al difícil acceso a muchas de las poblaciones, esta información no llegó a sitios alejados lo cual puede ser una de las razones del porqué se arraigó tanto esta manifestación en la costa.



Ocumare de la Costa, Aragua. 2014. Fotografía: RICHIT SOSA



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



EL CAPATAZ NO ES CUALQUIER DIABLO

Una de las características que se repite en casi todas las cofradías de los Diablos Danzantes es la jerarquía. De acuerdo con la región existen roles dentro de los danzantes que dependen, en la mayoría de los casos, de los conocimientos y de la antigüedad que los promeseros tengan practicando esta tradición.

El presidente de los Diablos Danzantes de Venezuela para 2014, Antulio Pacheco, recalcó que “el capataz no es cualquier diablo”, pues este personaje tiene una gran responsabilidad dentro de la diablada y en la cofradía. “Genera respeto, él está autorizado a echarle cuero a cualquiera que se salga del hilo, al que se porte mal, al que le dé la espalda a una imagen. Está autorizado para guiar la danza, para suspender a un diablo si no ha cumplido; tiene la potestad de aceptar a un niño o no”, mencionó.

Debido a esta gran responsabilidad el capataz debe tener gran cantidad de conocimientos, no solamente relacionada con la historia y las normativas de su cofradía, sino también saberes místicos practicados por siglos. “No es cualquier cosa, debe conocer la religión, los rezos, las oraciones, la preparación de las reliquias, saberes que se transmiten de generación en generación”, enfatizó Pacheco.

En la mayoría de los casos el capataz nombra su sucesor; solo en algunas cofradías como Naiguatá el Diablo Mayor es el más antiguo en la tradición y en otras la figura de mayor rango es el capitán. En muchas localidades aragüeñas se incluye el asistente del capataz, al que muchas veces se le llama perrero o arreador.

En Cuyagua, por ejemplo, la mayor jerarquía la tiene El perrero, esto debido a que en un tiempo, cuando la manifestación estaba perdiéndose en la localidad fue



justamente Nicasio Fajardo, quien ocupaba este rol, el que nuevamente impulso la tradición, perdurando en el tiempo.

En Chuao se incluye a la sayona, un hombre que viste enaguas y que tiene una función similar al perrero, especialmente con los nuevos cofrades a quienes llevará atado a su cola el primer día en que salen los promeseros a recorrer las calles del pueblo.

EL MALIGNO NO ES COMO ANTES

En Ocumare de la Costa cuentan la historia de un muchacho que danzaba con los diablos de esa localidad y que llegado el día de Corpus Christi su madre le dijo temprano que le había dejado una arepa hecha para que comiera antes de ir a danzar. El joven le preguntó que si le había dejado un jugo o malta; luego que su progenitora le contestara que no él exclamó: “Si es verdad que el diablo existe entonces que me traiga una malta”. Cuando volteó, repentinamente apareció un hombre de baja de estatura y tez oscura que sujetaba una malta con sus manos.

Historias similares a estas se escuchan en los poblados en los que existe la tradición de Diablos Danzantes. Sin embargo, Antulio Pacheco, destacó que pareciera que “el diablo ahora sale menos que antes”.

Comenta que si bien los promeseros danzan por religión y tienen fe, se ha perdido un poco lo místico de esta manifestación quizás por las nuevas tecnologías o la falta de preparación. “Los muchachos ahora son tan traviesos, antes uno les decía: cuidado muchachos que viene el diablo y ellos corrían. Ahora uno tiene que decir: cuidado diablo que vienen los muchachos”.



Ocumare de la Costa, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



Ocumare de la Costa, Aragua. 2017. Fotografía: RICHIT SOSA

Diablos Danzantes de Ocumare de la Costa*

“¿Con quién viene? Con el Santísimo Sacramento”



35

Nueve semanas después del Jueves Santo, la cotidianidad en Ocumare de la Costa de Oro hace un alto para celebrar con sus Diablos Danzantes el Corpus Christi, una de las manifestaciones culturales más arraigadas en este pueblo en el que los onomásticos de los santos y de las vírgenes marcan los momentos de encuentro de una población fundada bajo la herida de la aculturación y la transculturación provocadas por la invasión europea.

Los preparativos de los Diablos Danzantes de Ocumare comienzan el Día de la Ascensión, justo cuarenta días después del Domingo de Resurrección. En esta fecha, los promeseros encienden lámparas y velones, hacen oraciones y piden por la salud de los familiares y por el bienestar del pueblo, ritual que realizan todos los días al levantarse, hasta el día de Corpus Christi.

Llegamos a Ocumare de la Costa en la víspera de Corpus Christi, para vivir junto a sus pobladores cada detalle de esta tradición ancestral que honra al Santísimo

*

Este texto contó en su redacción con la colaboración de Luzmavial Alvarado.



Sacramento del Altar. En la plaza Bolívar del pueblo, nos encontramos a cientos de personas que esperan uno de los acontecimientos más importantes del año: la salida del primer diablito.

Con el sonido de las campanas a las doce del mediodía del miércoles, los ocumareños reciben en la puerta de la iglesia San Sebastián a este personaje que anuncia que se acerca la festividad de los Diablos Danzantes de Corpus Christi. El primer diablito es escogido por el perrero, los capataces y los diablos antiguos, quienes en la casa de la señora Luisa Benítez, sin ninguna otra persona en el recinto, preparan al cofrade seleccionado antes del recorrido.

Luego de verificar que la indumentaria y las protecciones necesarias estén correctas, los promeseros hacen sus oraciones y, finalmente, le preguntan al diablito: “¿Con quién estás?”, a lo que este responde: “Con el Santísimo Sacramento”. Comienza la jornada.

El sonido de las campanas de la iglesia avisa que este personaje que viene recorriendo la calle Bolívar está cerca para cumplir en la entrada del templo la tradicional “Caída”, acto de penitencia que igualmente harán el resto de los promeseros, quienes además tendrán la responsabilidad de montar los nueve altares que recorrerán el día siguiente. De frente al santuario, el cofrade seleccionado se coloca de rodillas y, con el perrero mayor y el capataz a ambos lados, se rinde ante el Santísimo.

Culminado el ritual, el diablito danza frente a la iglesia y, seguido por el resto de la cofradía, que este día no porta la indumentaria de diablo, se dirige por la calle Junín hacia la capilla El Calvario. Luego siguen por la calle Falcón hasta el sector El



Infierno, llamado así porque es el lugar en el que durante un mes ensayan los danzantes. El recorrido culmina en la casa de la señora Benítez.

“CON ESTA SALGO, CON ESTA ENTRO”

A las seis de la mañana del jueves de Corpus Christi las calles de Ocumare ya tienen rato con movimiento. Los promeseros van hacia el río a bañarse, “para quitarse todas las impurezas y sacar todo lo malo, y así ser dignos de bailarle al Santísimo”, enfatiza Cheché, presidente de la Cofradía de Diablos Danzantes de esta localidad aragüeña.

Una hora más tarde, los danzantes entran a la casa de la señora Vicenta Emilia Vásquez, quien en el año 2017 decidió partir a otros planos, mas sus hijas continúan el legado de su madre de recibir a los cofrades. Pese al dolor de la pérdida reciente, el amor a la devoción y a la tradición es una honra a quien por tantos años dio el cobijo de inicio a los hermanos del Santísimo Sacramento. Así actúa el arraigo.

Niños, jóvenes y adultos promeseros se preparan en el patio, se colocan una artemisa en la entrepierna y los pies, dibujan cruces de azulillo en su espalda y pecho y, entre oraciones y agua bendita, se van colocando su colorido traje.

Cada cofrade extiende su mano izquierda para que alguno de los tres capataces o de los tres perreros le imponga el pañuelo blanco, su protección contra el Innombrable, que, según la leyenda, este día se zafa del pie de San Miguel para hacer de las suyas.

Los diablos salen a buscar al capataz mayor, quien ya se ha colocado su traje, preparado por el señor Pedro García. Rezan diversas oraciones católicas, hasta que llega el primer perrero y, antes de salir de la casa, dice: “Con esta salgo, con esta entro”.



“¿Cuántos somos?”, le pregunta Cheché al primer perrero, Víctor Concepción, quien ya tiene el número de danzantes que este año participarán. El capataz mayor verifica la cuenta recorriendo las dos columnas de danzantes, y mientras se encuentra con cada diablo les dice: “¿Con quién vienes?”, a lo que el promesero debe responder: “Con el Santísimo Sacramento”.

Finalizada la fase de revisión, la diablada se dirige al sector El Infierno para rendirse al Santísimo Sacramento de la cofradía, el único que tiene dos hostias consagradas y que ha sido colocado, como es la costumbre, en la casa de la señora Luisa Benítez. Allí esperarán la señal para dirigirse a la iglesia San Sebastián, oír la misa por medio de los altavoces y esperar al Santo Patrón para salir en procesión y santiguar los nueve altares que se encuentran en las diferentes calles del pueblo.

Los niños que danzan por primera vez van unidos con cintas de colores a capataces y perreros para protegerlos. Son llamados “sayoncitos” y visten con pantimedias, faldas y camisas manga larga estampadas. El perrero mayor fue el primer sayoncito, hace 64 años.

Luego de la procesión, los promeseros comienzan lo que llaman “la parte mundana”: nuevamente realizan el recorrido, danzando por las calles de Ocumare y visitando los nueve altares; esta vez no lo harán con el Santísimo. Al finalizar, retornan al templo y, justo en la entrada, hacen la “Rendición”; danzan, y culminan con la coreografía denominada “El caracol”.

Después de este baile, los promeseros visitan las casas de los antiguos cofrades, capataces y perreros, y luego, de la mano del capataz mayor, retornan a sus hogares



Ocumare de la Costa, Aragua. 2017. Fotografía: RICHIT SOSA



en los que deben resguardarse hasta el día siguiente, cuando ya habrá pasado todo el peligro que pueda traer el Maligno.

Esta jornada se repetirá tres días después, en el sector Independencia, en El Playón y luego hasta el próximo año.

JERARQUÍA BIEN GANADA

“Si tengo que morir bailando, muero bailando”, afirma con toda seguridad Cheché, quien comenzó a danzar diablo cuando tenía 14 años, y quien, como capataz mayor, recalca que mantendrá hasta la muerte esta tradición en la que también estuvieron su abuelo, su papá y sus tíos, y que ahora siguen sus hijos y sobrinos.

Con orgullo, manifiesta que los danzantes de Corpus Christi son “el primer patrimonio vivo que tiene el país”, y que, por tener mayor cantidad de cofradías, los aragüeños tienen la gran responsabilidad de preservar la devoción al Santísimo Sacramento. Por esta razón es tajante cuando insiste en que los diablos que incumplan con las normativas establecidas por las cofradías deben ser “castigados por un tribunal disciplinario”, con sanciones que van desde la suspensión hasta los latigazos.

Para este cultor, ser capataz no es cualquier cosa. Con la experiencia que da haber tenido diversos encuentros con el Maligno, destaca que para obtener esta jerarquía se “tiene que tener liderazgo, el respeto de los cofrades, y saber las oraciones para defenderse y defender a los demás”. “Los capataces somos chamanes, tenemos el don de curar con hierbas enfermedades como el mal de ojo, la mordida de serpiente, etc.; por eso debemos estar bien preparados”, subraya.



Ocumare de la Costa, Aragua. 2017. Fotografía: RICHIT SOSA



Cuando danza cada Corpus Christi, Cheché toma tres tragos de agua bendita en nombre del “Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son los que me acompañan”, y repasa una oración protectora que solo conoce él y que no dice a nadie.

CON SABIDURÍA NO HAY TEMOR

José Manrique es el quinto capataz de los Diablos Danzantes de Ocumare. Tiene más de tres décadas bailando en la cofradía, al igual que gran parte de su familia. Explica con emoción y orgullo cada característica de este Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

“Nombramos hasta el tercer capataz, porque son los de mayor jerarquía; el cuarto y el quinto somos los que venimos en remplazo y visualizando lo que vienen haciendo los demás diablos, y damos parte al primer capataz y al primer perrero”, aclara.

Manrique conoce cada detalle de la vestimenta de los diablos, y comenta que echar cuero y rezar son las principales herramientas que tiene un capataz para enfrentar al Maligno, personaje que solo identifican quienes, por antigüedad y sabiduría, conocen esta manifestación que ya muchos asumen como una religión. “No le temo, porque estoy bien preparado para eso”, expresa con seguridad. Reafirma que los diablos, para Ocumare, “son algo grandioso”, por lo que, “llueva, truene o relampaguee, salimos a danzar”. He aquí la razón de tantos años de tradición que se fortalece con el paso del tiempo.



COLORES BRILLANTES CON PROTECCIÓN

Cada cofradía de Diablos Danzantes tiene características diferentes en su vestimenta. En Ocumare de la Costa los trajes son unicolor y el pantalón, largo o a media pierna, tiene una borla de estambre y, de acuerdo al gusto del promesero, lleva bordadas dos cruces de tela. Tienen una franela blanca con pequeñas cruces hechas de palma bendita; capa acampanada, como aquellas que llevaban los caballeros españoles antiguos, justo hasta la mitad de las piernas; y medias blancas. Algunos se colocan panti para que no se vea nada del cuerpo. Cada parte del traje tiene pequeñas cruces de palma bendita, y también se le incluye cascabeles, estampitas y todo lo que pueda bendecir y proteger al danzante. También tienen una saya (cinturón) con cencerros de diferentes tamaños: al Cachúo no le gusta ese sonido. También utilizan medias de colores y alpargatas, todas protegidas.

La jerarquía de los danzantes se conoce por el rejo y mandador, y por la cantidad de nudos que tenga, así como por una oración particular. El mandador es utilizado para guiar a los diablos a que hagan bien las cosas y espantar a las personas o animales que se atraviesan durante el baile, pues no se sabe si son el Maligno.

Los Diablos de Ocumare de la Costa usan dos tipos de máscaras: una que es artesanal y se realiza con tapara, cachos de ganado, jabillo, aserrín con pega y barniz; y otra elaborada con base de malla metálica, alambre, papel y pintura, y con trompa de perro o de pez, de acuerdo al gusto e imaginación del promesero.



Ocumare de la Costa, Aragua. 2017. Fotografía: RICHIT SOSA



El capataz mayor se diferencia de los otros diablos por usar un traje de levita estampado, mientras que el perrero mayor y los sayoncitos utilizan una “concona”, que es un traje de mujer.

“TOMA LA CRUZ, DAME LA CRUZ”

El cuatro es el instrumento principal que acompaña a los danzantes durante todos sus recorridos. Los cuatristas de la cofradía también son hermanos del Santísimo Sacramento.

El toque en este instrumento significa: “Toma la cruz, dame la cruz”, con cuatro pisadas que marcan el cambio de ritmo.

El toque inicial es lento, para la procesión que acompaña al Santísimo Sacramento. Después de llegar a la iglesia, el ritmo se acelera, para dar paso a la segunda procesión por los nueve altares. El tercer y el cuarto toque se realizan al llegar al templo e iniciar “La dancita” y “El caracol”.

La labor de los cuatristas termina cuando se lleva a cada uno de los diablos a sus casas, acompañados del capataz mayor, por lo que se rotan de vez en cuando para que la melodía se mantenga con la misma intensidad.

DOS COLUMNAS: “LA DANCITA” Y “EL CARACOL”

Los danzantes de Ocumare hacen varios recorridos, siempre formados en dos columnas dirigidas por el capataz mayor, con los otros capataces de menor jerarquía en el centro y el perrero al final, para custodiar a los danzantes.



En el primer recorrido, los diablos danzan libremente hasta escuchar la orden de Cheché para rendir en el Altar Mayor. Frente al símbolo sagrado, avanzan hacia el altar que ha sido erigido en la Cruz del Tamarindo, para luego retirarse danzando hacia atrás, mirando siempre hacia el altar.

Cuando culmina la misa y se inicia la procesión en la que acompañan al Santísimo por todas las calles del pueblo, los danzantes bailan y saltan dibujando una cruz con sus pies.

Al finalizar el segundo recorrido en la puerta de la iglesia, los hermanos hacen tributo a su patrón con la Rendición, ritual en el que, en grupos de tres, abrazados en línea y de rodillas, hacen movimientos hacia la derecha, la izquierda, adelante y atrás, tres veces, dibujando con sus cuerpos una cruz.

Luego se ejecuta “La dancita”, en la que, en pareja, los cofrades danzan de derecha a izquierda, tres veces, se cruzan y pasan al último lugar de la fila, para dar paso a la siguiente pareja. Las parejas siempre serán las mismas desde los ensayos, no puede haber cambios.

El ritual culmina con la danza de “El caracol”. Las dos columnas de danzantes se desplazarán en forma de espiral circular, creando una formación similar a un caracol, y luego los danzantes retornarán a sus columnas originales.

Más de 400 años han pasado desde que esta expresión de fe llegó a nuestras tierras para quedarse y arraigarse en las fibras que componen la identidad cultural venezolana. Esta festa no es solo para quienes la danzan, también es para el pueblo y para todo el que quiera compartir con él su idiosincrasia, única en el mundo, que lo ha llevado, junto a las otras 10 cofradías de Diablos Danzantes, a ser reconocido como Patrimonio Cultural de la Humanidad.



Ocumare de la Costa, Aragua. 2017. Fotografía: RICHIT SOSA



El día en que el “Oso” se salvó del Diablo



Un jueves de Corpus Christi los danzantes de Ocumare de la Costa recorrieron las calles desde las 8:00 de la mañana, hasta bien entrada la noche. Terminada la jornada, el Capataz Mayor Cheché y su sobrino retornaron a sus casas, cuando en el camino, encontraron a tres promeseros aun con sus trajes, sentados en la acera. Entre ellos estaba Luis Latirgue, mejor conocido en el pueblo como El Oso. Estos invitaron a Cheché un trago de ron, pero como el reglamento de los diablos establece que no se debe beber aguardiente con el traje, el Capataz les sugirió que se fueran a casa de uno de los perreros y así fue.

Luego de tres o cuatro tragos, los danzantes retornaron a sus hogares, pero los tres cofrades se fueron al pueblo a echar broma. Cuando pasaron cerca del sector La Constancia, por donde está el estadio de béisbol David Concepción, les salió el Maligno. Dos promeseros salieron corriendo, pero el Oso quedó paralizado. El Diablo lo elevó por los aires y lo batió contra el piso. La escena se repitió varias veces, hasta llegar a las cercanías de la calle 102.



Al ver lo que ocurría, un grupo de personas fue corriendo a buscar a Cheché, quien ya dormía en su casa, y le contaron que el Diablo estaba matando al Oso –quien estaba en la esquina de Pascual– y que había una especie de manto que no los dejaba pasar para la casa del perrero, que quedaba a dos cuadras del sitio donde ocurría la manifestación misteriosa.

Rápidamente el Capataz Mayor se levantó de su cama, agarró su mandador, se tomó sus tres tragos de agua bendita, le pidió permiso a su altar y le pidió a la población que rezará y no gritara cuando se acercara al Oso.

El Oso, que era zarandeadó por el Diablo, al ver a Cheché desde el aire, exclamó: “¡Mi capataz, me va a matar!”. Con un rápido movimiento, el capataz tumbó al suelo al danzante poseído, le cruzó las manos adelante y, colocándolo boca abajo, se le montó encima para rezarle.

Cinco minutos después, Cheché paró al danzante, pero el Diablo seguía ahí. El capataz no veía al Maligno, pero sí sentía su fuerza; solo el Oso podía verlo.

Fue entonces cuando el danzante mayor echó tres rejazos en la dirección en la que sentía la fuerza. La tierra se estremeció y se escuchó un berrío como cuando se golpea a un animal fuerte.

Más de 200 personas presenciaron eso, por lo que la noticia se corrió rápidamente por todo el pueblo. Desde entonces se dice que entre la calle Independencia y Carabobo hay un espacio al que llaman El Callejón del Diablo, y ahí en ese mismo sitio, todos los años, en los días de Corpus Christi, se forma un torbellino de viento y luego desaparece. Cuando eso pasa, todo el pueblo de Ocumare reza, y la gente corre del lugar, porque sabe que el Cachúo anda rondado por allí.



Ocumare de la Costa, Aragua, 2017. Fotografía: RICHIT SOSA



Cata, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER

Diablos Danzantes de Cata

“Saque sus diablos a la calle porque ya los míos afuera están”



53

Cuentan en la población aragüeña de Cata que, en un Corpus Christi, el amanecer trajo consigo un tremendo aguacero que impedía a los Diablos Danzantes salir a recorrer las calles y pagar su promesa. Para la época en la que sucedió este relato, el capataz mayor de la cofradía era Evencio María Díaz, hombre sabio que tenía la habilidad de hacerse invisible, convertirse en culebra y curar todo tipo de males. Pero su don mayor era algo temible: podía hablar con el Maligno.

Ese día de aguacero, cuando los diablos estaban recogidos para guarecerse de la lluvia, el Innombrable se le presentó al capataz y le dijo: “Evencio, saque sus diablos a la calle porque ya los míos afuera están”. Fue entonces cuando los Danzantes de Cata, bajo un chaparrón de agua, salieron una vez más a rendir culto al Santísimo y nunca más dudaron en hacerlo.

Como muchos cateños, Ángel Humberto Díaz, capataz mayor de los Diablos Danzantes de Cata, cuenta esta historia como quien dice un secreto. Su voz pausada y segura transmite la sabiduría que solo dan los más de 40 de años que lleva danzando. Sus palabras son una viva muestra de un conocimiento ancestral.



De acuerdo con Díaz, a quien en el pueblo conocen como “Niño”, esta tradición llegó a Cata con el español Sebastián Díaz, quien instaló una hacienda de cacao en el poblado e impuso sus costumbres a los esclavos de sus tierras. Quizás por eso una capa acampanada, muy a lo español, es parte de la indumentaria utilizada por los promeseros de esta localidad, quienes además utilizan una franela blanca con una cruz, pantalones cortos con faralaos (como enaguas), alpargatas, medias panti y una máscara de malla metálica con una tela transparente.

Para los hermanos del Santísimo Sacramento, recalca el Capataz Mayor de Cata, el respeto hacia esta manifestación es infinito, valor que año tras año inculca en los nuevos promeseros no solo quienes danzan como diablo, sino también el resto de las personas que viven esta población de la costa aragüeña.

EL TRABAJO DURO ES DEL PERRERO

En Cata, igual que en la mayoría de las 11 cofradías de Diablos Danzantes ingresadas por la lista representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, existen jerarquías que son asumidas por quienes demuestran mayor seriedad, devoción y compromiso. Un capataz mayor y los perreros, uno y dos, encabezan la organización de los cofrades.

“Para ser capataz hay que ganárselo, hay que tener buena disciplina dentro de la hermandad del Santísimo; dedicarse, saber oraciones para poder defenderse y proteger a los demás integrantes de la diablada (...) El capataz mayor es el que da las jerarquías y también las quita si hay un mal comportamiento. Igual en el caso de los perreros”, explica Díaz.



Cata, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Cata, Aragua. 2017.

Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Pero, para este cofrade, uno de los roles más duros es el del perrero, pues no solo es quien cuenta a cada instante a los promeseros para que no le falte o le sobre alguno, sino además es quien con oraciones protege a toda la diablada. Para cumplir esta función, lleva amarrado un pañuelo blanco en su muñeca izquierda, justo en la mano contraria a la del resto de la cofradía; de esta manera el capataz puede diferenciarlo.

CAPIROTE ABAJO

Luego de 30 días de ensayo, en la víspera de Corpus Christi un diablo recorre las calles de Cata y llega frente a la iglesia principal de Cata.

Todos los pueblos tienen sus encantos, y Cata no escapa a ello. Aún se conservan casas construidas con adobe y bajo un diseño arquitectónico que permite armar un rompecabezas mental con el que se puede tener una imagen de cómo fue en sus orígenes esta población aragüeña, creada en torno a una obra pía encargada de la siembra de cacao a finales del siglo XVII, cerca de 1672.

De la hacienda solo quedan las paredes y espacios testigos de lo que fue una gran empresa cacaotera; mientras, en el pueblo, la modernidad y la soledad hacen cada vez más evidente la influencia y poder de la mente urbanizada sobre la resistencia de las costumbres originarias de Cata. Sin embargo, nueve días después del Domingo de Resurrección, las calles ahora asfaltadas de esta población sienten las pisadas en cruz de quienes recuerdan el sudor de la faena: la esperanza en un ritual y una devoción que se niega a morir.



Cada año, luego de 30 días de ensayo y el día anterior al Corpus Christi, un diablo recorre las calles de Cata y, frente a la iglesia principal, danza para anunciar a la población que la tradición de sus antepasados se honrará nuevamente.

El jueves de Corpus Christi, los promeseros se levantan muy temprano y, uno a uno, van a la iglesia San Francisco de Asís. En la entrada del templo, hincados en el piso en posición de rendición, entre plegarias internas, los diablos encienden una vela para pedir permiso para iniciar el ritual ancestral.

Con sus trajes, alpargatas y máscaras, los danzantes caminan hacia la calle Vallecito y entran en la casa de Alfredo Díaz (†), quien fue danzante y pidió al Santísimo “que si Él le presentaba un terreno donde él pudiese hacer su rancho, ahí se vestirían los diablos hasta que ellos tuvieran su sitio para hacerlo, y eso fue hace más de 50 años”; así lo relata Rafaela Díaz, quien, junto a su familia, mantiene la fe en el Sacramento del Altar, aun después de pasar su padre a la eternidad.

Es así como a las ocho de la mañana el sonido del cuatro le anuncia a los diablos que deben salir a espantar al Maligno con sus bailes en cruz, sus rezos, cencerros y campanas en la cintura. El perrero sale y, con su mandador, limpia con su danza el espacio, para que el resto de los cofrades salga de la casa, uno a uno, mostrando sus destrezas en la danza y formándose en dos columnas que llaman “dos en fondo”.

Al ritmo del cuatro, los promeseros van danzando con sus capas debajo de las rodillas y sus pantalones con faralaos a media pierna, de telas de colores brillantes y estampadas, y con su franela blanca con cinturón de campanas y cascabeles, elemento que, junto a las maracas, acompaña la armonía del instrumento musical venezolano a un ritmo constante.



Cata, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Cata, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Al paso de los danzantes, personas del pueblo se van uniendo; algunas devotas, otras curiosas, y otras simplemente se dejan llevar por una costumbre que existía antes de que ellos pensaran en nacer. Antulio Pacheco, presidente de la Cofradía Nacional Diablos Danzantes de Venezuela, tiene tiempo que no se viste de diablo; sin embargo, pareciera que la promesa que hizo a los 12 años por la salud de su hermano se transformó en una misión de vida que lo ha llevado incluso a mostrar esta devoción dentro y fuera de las fronteras venezolanas. Comenzó en Cata y ha llegado incluso a China, para dar a conocer este Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

“Dancé cinco años por promesa. La hice yo mismo por un hermano mío que estaba enfermo. Esos son pocos casos que se dan, porque siempre la hace (la promesa) el padre o la madre. Le pedí al Santísimo que si me salvaba a mi hermanito yo iba a danzar. Murió hace poco de cáncer, pero vivió más de ‘cuarentaipico’ de años”, relató Pacheco, y luego añadió que también hay diablos que danzan solo por tradición

En esta cofradía las mujeres tampoco danzan, pero sí tienen mucha participación, pues son ellas quienes confeccionan los trajes, hacen la comida y ayudan en la hidratación, refrió el presidente.

Danzan por toda la calle Bolívar, y el perrero echa cuero para que nadie se atraíese en la caravana. Llegan a la entrada de la iglesia San Francisco y comienzan a hacer sus coreografías, con las que honran al Santísimo Sacramento. Nunca entran a la iglesia como en el caso de Chuao o Turiamo; los promeseros —incluso durante la misa a la que asistirán un mes después— se quedan a las afueras del templo y se rinden en la entrada.



“En el momento en que uno va llegando a la iglesia, uno manda a bajar lo que es el capirote, la máscara completa, y se deja colgando (...) Si vamos con la máscara puesta es una ofensa que le estamos haciendo Por eso el capataz dice ‘capirote abajo’ cuando estamos llegando frente a la imagen del Santísimo”, describió Díaz.

En la entrada del templo hacen diversas figuras: se colocan alineados en cruz, hacen una formación de caracol y vuelven al “dos en fondo” para entregar, por parejas, las limosnas a Jesús Sacramentado.

Por compartir el mismo párroco con las poblaciones Ocumare de la Costa y Cuyagua, los danzantes de Cata vuelven a salir aproximadamente un mes después de Corpus Christi para realizar nuevamente este ritual y celebrar lo que llaman Misa de Gracias, para honrar al Santísimo Sacramento. La diferencia con Corpus Christi es que este día los devotos de la comunidad colocan cinco altares en diferentes puntos del pueblo, por donde pasará la custodia y la hostia consagrada de la mano del sacerdote que ofcie la misa, siempre resguardada y bajo el palio que es sostenido por algunos pobladores.

Como si fuesen repelidos por el símbolo sagrado, durante la procesión, los diablos danzan siempre de frente al Santísimo, cruzándose entre ellos cada cierto tiempo, inclinándose en señal de rendición y haciendo paradas y caídas cada vez que el sacerdote bendice cada uno de los altares que contienen cruces, estampitas de santos y muchas frutas. Dos cuatristas siempre los acompañan, entre ellos una muchacha que aprendió el ritmo y a quien se le concedió la oportunidad de participar solo en este rol, comentó Antulio Pacheco.



Luego del recorrido, los danzantes culminan la celebración religiosa y comienza la parte popular en la que los diablos visitan las casas y las bendicen con su baile, y los dueños les brindan comida y bebida. Una manifestación que encierra en sí alegría, devoción, tradición y la huella de una herencia que se resiste y recuerda el origen de esta población aragüeña.



De cuando Liche mató al diablo



Liche Pacheco vivía en Cata y le gustaba la parranda, el alcohol y jugar a las cartas. Cuando comenzaba la partida, hasta que no terminaba no se regresaba a su casa. Claro, eso implicaba que cada minuto que transcurría al ritmo del juego era ganancia para la noche.

En una de esas oportunidades en las que retornó a su casa bien entrada la noche, Liche sintió que en el camino un hombre lo merodeaba. Cual viejo sabio, tenía el presentimiento que era el mismo Maligno, pero decidió no darle importancia, con su escopeta cargada de pólvora siguió su rumbo.

De pronto, aquel hombre que merodeaba al jugador se le paró al frente, mirándolo profundamente. Era bien parecido, perfilado y estaba vestido de negro.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Liche pero aquel hombre no contestó.

—Habla pues ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces por acá? —insistía el jugador, pero aquel ser estaba como inmutado.



Obstinado, Liche lo apuntó y lo amenazó con su arma. “Habla pues o voy a darle a esta escopeta”, advertencia que como era de esperarse no obtuvo respuesta.

Fue entonces cuando Liche, en un abrir y cerrar de ojos, disparó el gatillo. La bala de aquella escopeta entró en la cabeza de aquel hombre y al mismo instante el ser misterioso se diluyó en un bramido estremecedor y un olor azufre que penetró en cada poro de la piel del cateño.

Al presenciar esta extraña situación, Liche corrió desesperadamente y cayó justo en las tres cruces de la entrada del sector el Callvario. Allí, hombres y mujeres que escucharon el grito desesperado acudieron a la súplica y llevaron al médico al jugador que ahora temblaba de miedo.

Liché tenía los ojos desorbitados, enmudeció luego de decir “ayúdenme, ahí viene”.

Siete días y siete noches pasaron para que aquel hombre jugador y parrandero recobrara la palabra y narrara el momento cuando mató al diablo.



Cata, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



Diablos Danzantes de Cuyagua

Sentimiento ancestral en rostros juveniles

69

El eterno triunfo del bien sobre el mal

Son cerca de las 8:00 a. m. del jueves 26 de mayo, día de Corpus Christi, y llegamos a Cuyagua, población de la costa aragüeña que se encuentra a casi dos horas de la capital del estado y que, además de playas, ríos y paisajes hermosos, posee una inmensa riqueza cultural ancestral.

Al llegar a la entrada del pueblo, divisamos a dos muchachos como de 17 y 18 años de edad, quienes evidentemente venían del río y llevaban unos morrales en sus hombros. Les preguntamos dónde comenzaba la procesión de los Diablos Danzantes, y los jóvenes, con una sonrisa en sus rostros, nos indicaron que era justamente en el sitio en el que nos encontrábamos: la casa de Nicasio Fajardo.

Dimos la vuelta al pueblo, que tenía solo dos calles principales, y pasamos por la iglesia Inmaculada Concepción. A la entrada del templo la adornaba un altar con fores y una cruz, tal como la del Santísimo Sacramento, con velas y velones encendidos en el piso.

Nos permiten que entremos a la casa de Nicasio Fajardo, cultor que dedicó su vida a ser uno de los perreros mayores que más defendió esta tradición y devoción de más de 400 años, cuando este pueblo era parte de una hacienda de cacao y café.



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



Los patronos españoles llegaron a imponer su fe y sus celebraciones, estas luego fueron alimentadas con la cultura del negro y del indígena y se arraigaron en una población que se resiste a la transculturación.

Dentro, solo somos muy pocas mujeres; en esta cofradía solo danzan hombres. Nos recibe Richard Gil, un buen amigo del Grupo Cuyagua y, además, primer capataz, a quien este año no le dio tiempo de tener listo su traje; sin embargo, nos muestra el pañuelo blanco en su muñeca derecha que, al igual que en Cata, es símbolo de protección.

Le comentamos a Richard que en la entrada del templo había velas, y nos explica que es el altar del Santísimo. “Cada diablo, a las cinco de la mañana, se levanta y lleva su vela; es lo primero que hace. La lleva a la puerta de la iglesia, reza, van al río (Pozo Arena, en Río Grande), van a sus casas a agarrar sus cosas y vienen para acá”, relata y agrega que, al bañarse, lo hacen con jabón azul, siempre orando.

Dentro de la casa hay danzantes de todas las edades. Algunos se ayudan a ajustar detalles en sus trajes, compuestos con pantalones que llegan más abajo de la rodilla, franelas unicolores, medias largas, alpargatas, una gran capa que los cubre, y una máscara que tiene en el borde una tela transparente con la que se cubrirán el rostro cuando estén frente al Santísimo.

Richard, Félix Manuel Celis (del Grupo Macuaya) y otro de los músicos afnan los cuatros que se van a utilizar en el recorrido. Al probarlos y tocar uno de los ritmos del ritual, automáticamente los promeseros comienzan a danzar con fuerza. Cada uno muestra sus destrezas; elevan sus brazos sosteniendo sus capas; siguen el ritmo



con las maracas. Los diablos pequeños hacen lo mismo, pero con más timidez; son los nuevos de esta cofradía. En uno también hay algo que danza al escuchar el cuatro.

El señor Gustavo Gil tiene una botella de agua bendita y nos invita a tomar un trago. “Es necesario, porque usted nos va a acompañar y tiene que protegerse”. Acto seguido, nos echamos el buche.

Dos muchachas anotan el nombre de los cofrades en un cuaderno. En el fondo se escucha la voz de Máximo Fajardo (actual primer perrero y presidente de la cofradía), quien, como su padre, ha emprendido una labor importante de difusión de esta y otras manifestaciones culturales en la escuela del pueblo. Ordena y designa al segundo perrero y a los dos capataces que guiarán a los promeseros hasta la iglesia y, posteriormente, durante el recorrido por los siete altares.

Son pasadas las 9:30 a. m. y comienza el ritual. Afuera, el cuatro entona el ritmo que da la señal a los cofrades de salir a la calle, donde los espera el pueblo. Máximo Fajardo es el primero en salir. Con su látigo libera obstáculos el recorrido y comproueba “que no haya ninguna falla”. Con destreza demuestra su danza, la cual ha repetido cada Corpus Christi por más de tres décadas. En seguida, cada uno de los 35 diablos que danzan ese día sale a la entrada de la casa y muestra a quienes lo ven sus habilidades para cruzar, saltar y danzar, mientras el primer perrero les rocía agua bendita. Se van formando en dos columnas. A cada salida se escuchan los aplausos y los gritos aupando a los danzantes, en especial a los más pequeños, que son los últimos en salir.

Se escuchan las campanas de la iglesia y comienzan a bailar por las calles con las máscaras puestas. Cercana a la casa de Fajardo, está la vivienda del señor Francisco



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



José Ladera, “Camarón”, quien bromea con cada danzante. Abre la puerta de su casa y explica que eso se hace para que entre la bendición del Santísimo. Él también fue diablo entre 1966 y 1977, al igual que su hijo, quien falleció recientemente.

Pasan por un primer altar y la orden es que cada promesero pase danzando de frente; si no, es posible que un latigazo corrija la postura. Cerca de allí, la señora Edita observa con emoción y comenta que antes, cuando era niña, las personas le temían a los diablos. Los cuyagüenses se asoman a las puertas o a las ventanas para ver la procesión, que cierra con las mujeres que llevan bolsos y botellas de agua; son familiares de los promeseros.

Algunas muchachas del pueblo, con sus chores y faldas cortas, se emocionan y coquetean con algunos de los diablos. Unos prestan atención a los encantos femeninos y aprovechan el momento de descanso y el descuido de los perreros y capataces para intercambiar palabras cargadas de picardía. Sin embargo, la seriedad rápidamente vuelve a sus rostros; están allí por devoción, y esta es una tradición muy seria; así se lo han repetido sus padres, tíos, abuelos...

En Cuyagua, como en otras cofradías, las mujeres participan, pero solo acompañando a los danzantes. Ayudan en la confección de los trajes, la elaboración de las máscaras, la hidratación y la preparación de la comida, pero no “bailan diablo”. Sin embargo, existe entre el grupo de promeseros dos cofrades que se destacan más que otros, no solo por la destreza de sus pasos, sino porque son una mujer y una muchacha que desde hace diez años honran como danzantes al Santísimo Sacramento.

El perrero Máximo Fajardo cuenta que el padre, los hermanos y los tíos de la mujer fueron danzantes, y que a ella le gustaba danzar, pero no podía hacerlo, por su



sexo. Ya grande, dio a luz a una niña, a quien, a los tres años, le detectaron un cáncer. “La llevaron al Hospital J.M. de los Ríos, en Caracas, y la niña estaba desahuciada. Nosotros estábamos ensayando y le pedimos al Santísimo que, si le daba la vida, iba a ser Diablo Danzante. Bueno, créame que usted ve a la niña y no parece que hubiese estado enferma; y la niña y su mamá, de allí en adelante, bailan con nosotros; y baila como un hombre, se viste como un hombre danzante”, relata.

Se tiene la sensación de que la temperatura está cerca de los 40 °C. El sudor de los cofrades adhiere las telas transparentes de las máscaras a sus rostros, pero ellos deben resistir; el que se sale no puede volver a entrar, enfatiza Gil.

En la plaza Bolívar hay muchas personas, especialmente niñas y niños. Un pequeño que tiene cerca de cuatro años toma la maraca de un diablo que está rendido ante el templo. Comienza a danzar, con mucha destreza, al ritmo del cuatro. Otro, de la misma edad, toma un cuatro y mueve su mano, asumiendo de una vez lo que seguramente será su rol en esta cofradía. “Esto se lleva desde el vientre”, comenta el cuatrista Richard Gil, quien también comenzó desde adolescente en la diablada y tiene 33 años en ella.

Frente a la iglesia, los danzantes se mueven de un lado a otro en círculo, en espiral, y forman un caracol. Luego se organizan en dos columnas principales y dos laterales y se acuestan en el piso, en señal de rendición. Los perreros y capataces pasan frente a cada uno, comprobando que hacen sus rezos.

Entre las columnas, en el centro, una mujer con un bebé en brazos y un muchacho con vestimenta de médico llegan hasta el altar del Santísimo y colocan una



Cuyagua, Aragua. 2016.
Fotografía: ANA MONTAGNE



vela. Las mallas de las máscaras comienzan a pegarse de los rostros por el sudor de los cofrades. El sol se hace más brillante y el calor se intensifica.

El cuatro suena sin cesar, pero, cuando uno de los cuatristas se cansa, hay otro que lo releva. Cada uno trata de resistir lo más que puede. Un perro pasa cerca de los danzantes y recibe un latigazo; los animales son almas puras y no se sabe en qué forma puede aparecerse el Maligno, explican.

Las personas observan la manifestación desde los locales comerciales y calles laterales de la plaza Bolívar. Hablan, bromean, pero todos saben que esto es serio. Esperan a los sacerdotes. Al parecer, uno viene de Ocumare, pero hay otro que quiere conocer la manifestación y llega de Maracay. Los cofrades se levantan cada cierto tiempo, hacen “El Caracol”, se forman en cruz, y luego vuelven a las cuatro flas.

En un momento, danzan de adelante hacia atrás mientras dos cofrades se hincan ante el Santísimo, que está a la entrada del templo; alzan sus manos entrelazadas mientras hacen sus oraciones. Se levantan y, con su pie derecho en el aire, dibujan tres cruces en el suelo, y se retiran, siempre de frente al altar. Todos los cofrades harán el mismo ritual.

Comienza la misa. Los promeseros se alejan de la entrada de la iglesia a unos seis metros, pues no pueden entrar al templo. Escuchan la homilía por los parlantes, siempre en señal de rendición. El sacerdote sale a darles “el cuerpo y la sangre de Cristo”, que es recibido con el acostumbrado “Amén”.

Al culminar la ceremonia religiosa, el padre sale en procesión con el Santísimo, que es resguardado por un palio sostenido por cuatro pobladores masculinos. Félix Celis explica que el Santísimo nunca debe llevar sol. El niño de cuatro años que



bailaba en la plaza sigue con los danzantes el recorrido, y hace todas las paradas, como si fuese un promesero.

Danzando de espaldas, siempre de frente al Santísimo, los promeseros recorren siete altares colocados en todo el pueblo. Una de las paradas es en la casa del señor Felipe Neri Betancourt, perrero mayor, que este año (2016) cumple 88 años. Richard comenta que es uno de los diablos más antiguos que aún queda vivo, y que dedicó su vida a mantener la tradición. “Todo lo que sabemos, él nos lo enseñó”, enfatiza, y argumenta por qué ese día le rinden homenaje.

Culmina el recorrido y acompañan la procesión que retorna al templo. Luego de hacer una reverencia, cada promesero besa al Santísimo, y luego se dirige danzando de espaldas hacia una de las casas en la que almorzarán el sancocho hecho para los danzantes y para todo el pueblo

Son pasadas las 2:00 p. m. y nos invitan a pasar a una de las casas en la que nos ofrecen un buen plato de sopa con costillita de res, ocumo, ñame de palo y con un sazón que solo el amor hacia lo que se hace puede lograr. Fueron aquellos y aquellas que no tienen traje, pero que igualmente son devotos del Santísimo y seguidores de la tradición quienes hicieron posible ese plato que, más que aliviar el hambre, regocija el alma, por el esmero y desprendimiento con que se hizo.

Dentro de la casa nos recibe Máximo Fajardo, notablemente cansado, pero también mostrando su satisfacción por esta primera parte de la jornada. “Un año más de 200, 300 años que estamos. Hoy, para mí, este día es el más feliz; te digo de corazón que es lo que siento, porque yo soy hijo del Santísimo Sacramento del Santísimo Sacramento nos tiene con vida y salud, que es lo primordial”, exclama.



Los pobladores nos explican que la jornada no culmina aquí, pues ahora los diablos deberán visitar cada una de las casas y llegar hasta el sector Bejuma arriba y Bejuma abajo. En eso anocchece. Los danzantes no pueden bañarse; deberán hacerlo el día siguiente, pero seguramente dormirán tranquilos con la satisfacción de haber cumplido con sus ancestros y con los que vendrán a practicar esta manifestación, Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.



Cuyagua, Aragua. 2016. Fotografía: ANA MONTAGNE



El danzante que no bailaba cruzado



Hace tiempo, cuando el ahora perrero mayor Máximo Fajardo apenas se iniciaba en la cofradía de los Diablos Danzantes, en uno de los ensayos su tío Neri Betancourt se percató que uno de los promeseros bailaba de forma extraña. Los cofrades siempre danzan hacia adelante y cruzado pero este muchacho además de hacerlo hacia atrás nunca dibujaba con el movimiento la cruz.

Betancourt le decía “Crúzalo”, porque “cuando uno ve un diablo que está bailando salsa o un ritmo que quiere imponer ahí le llego yo o le llega cualquier perrero a exigirle que cruce y si no lo hace es algo malo porque es una de las principales protecciones de los diablos”, relató Fajardo.

Al no responder a la exigencia del perrero Betancourt, los danzantes echaron a un lado al muchacho que no bailaba cruzando y lo sujetaron fuertemente porque estaba como poseído. “A ese muchacho le cayeron a cuero con el mandador y luego que mi tío (Betancourt) le rezó, le rezó la Magnífica, el muchacho quedó como que si no le hubiesen pegado y mira que le cayeron a cuerazo”, relató Fajardo.



Muchos muchachos que estaban nuevos se atemorizaron de entrar a la cofradía ese año. Pero la devoción al Santísimo Sacramento siempre venció al miedo, por lo que el temor se diluyó como la arena en el agua convirtiéndose en una leyenda más que demuestra el día de Corpus Christi la cruz es el principal escudo contra cualquier intención maligna.



Cuyagua, Aragua. 2016.

Fotografía: ANA MONTAGNE



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER

Diablos Danzantes de Chuao

Fervor con aroma de cacao



87

Confieso que siempre me ha dado temor el trayecto en lancha desde Choroní a Chuao, pero, en esta oportunidad, martes 13 de junio, no sé si es por la ansiedad de conocer más acerca de los Diablos Danzantes de Corpus Christi, pero la tranquilidad de la marea me arrulla y hace que la travesía de un poco más de 20 minutos sea corta y placentera. El agua me moja, golpea mi rostro, pero no importa; pareciera que lavara las preocupaciones propias de quienes habitamos en los espacios monstruosos y despersonalizados llamados ciudades que, pequeñas o grandes, mientras más urbanizadas parecieran tener menos alma.

En la playa de Chuao debemos tomar un bus o ir en la batea descubierta de una camioneta. Nos tocó la última opción. Árboles de gran altura esconden el cielo para que todo se vea verde. Atravesamos un río que tiene una pared que nos dice: “Bienvenidos a Chuao”. Llegamos al pueblo.

Caminamos por las dos calles principales y un olor amargo impregna el ambiente. “Es el cacao fermentado”, me explica mi compañero fotógrafo. Cuando pasamos cerca de la iglesia Inmaculada Concepción el aroma se hace más fuerte; no es para menos, ahí está el patio de secado de cacao. Su suelo tiene siglos calentándose para



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



extraer la concha y tostar la semilla que es recogida muy temprano, honrando el sudor de quienes trabajan para que sea uno de los productos más cotizados del mundo y principal símbolo y destino de Chuao desde aquel 1568 en que fue fundado.

Debemos comer, y para ello vamos a un pequeño restaurante que atiende junto a sus hijas la señora Edis Liendo, una de las principales madres espirituales del pueblo en la actualidad. Hasta hace algún tiempo, antes de su fallecimiento, la señora Augusta Chávez y María Tecla Herrera habían sido las encargadas de transmitir el conocimiento ancestral; no solo las oraciones, los ensalmes y secretos más allá de lo “normal”, sino también la gastronomía, los dulces inimitables, la historia, cómo mejorar la salud y hasta la mejor manera de traer al mundo un nuevo chuaense.

La saludamos con cariño; nos habíamos visto en otra ocasión. Se le nota cansada, pero sigue su otra labor, que es atender a los visitantes. En su local (la chocolatería), hay fotos de ella. Ella es reconocida como referente y portadora de saberes del pueblo. Conoce la Biblia de pie a cabeza. “Hoy ella está aquí, pero mañana prácticamente me toca a mí sola; estará muy ocupada”, dice una de sus hijas, que nos atiende. Lo sabe, su mamá no es cualquier mamá, es la madre espiritual del pueblo y debe prepararse para el día más fuerte del pueblo: la víspera de Corpus Christi.

Al restaurante entran personas a cada rato, entre ellos un hombre como de 30 años o más que tiene una máscara de diablo en la mano, y un adolescente que no pasa de los 15 años. El adulto ajusta la goma elástica de la máscara y se la coloca al muchacho. “Eres muy cabezón, chamo”, le dice. “Aaay”, le responde el joven con doble sentido; en el acto, recibe una mirada increpadora. El muchacho sonríe y retoma la compostura; sabe que lo que está haciendo no es juego.



Chuao, Aragua. 2017.
Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Chuao, Aragua. 2017.
Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Comienza a llover y el reloj marca las 7:10 p. m. cuando una campanada de la iglesia anuncia que algo ocurrirá en el pueblo. Se trata de la procesión de San Antonio de Padua y, aunque todos andan alborotados ultimando los detalles para el Corpus Christi, el resto de los actos religiosos debe seguir “llueva, truene o relampaguee” así lo afirma el presbítero José Luis González Castro, párroco de la Diócesis de San Judas Tadeo, del sector Las Acacias, en Maracay, quien se encuentra dentro del templo a la espera de que el Comité Religioso decida cuándo comenzará la procesión. “Son ellos quienes deciden sobre estos actos y quienes tienen autoridad. La Iglesia se ha mantenido gracias a la creencia popular, y eso hay que respetarlo”, dijo.

Antes de la procesión, una señora de avanzada edad, llamada Edita González, corrige a unos niños que juegan perinola y gritan dentro del templo. “Ella está evangelizándolos, enseñándoles el respeto a la casa de Dios”, recalca el padre mientras Sollymar Pérez, una mujer joven que se autodenomina “hija adoptiva de Chuao”, muestra a unos turistas la imagen de San Juan Bautista Niño. “Tiene más de 400 años, pero no es tan antigua como la de San Nicolás de Bari”, refiere la religiosa, haciendo alusión a una figura que, según, tiene data del levantamiento del templo (1722).

La lluvia continúa, y en la Casa del Santo o Casa de los Diablos, como también se le conoce, se nos ha dicho que habrá una reunión para los medios, pero, con los preparativos, todo se ha retrasado. El sacerdote nos cuenta acerca de la manifestación cultural que observaremos desde el miércoles, y resalta la devoción de los promeseros, hombres que se visten de diablos, tal como lo hicieron sus ancestros esclavos y tal como se lo impusieron a ellos los administradores de la Obra Pía que estuvo a cargo de la hacienda de cacao de Chuao desde su fundación hasta 1825.



¡Cómo no ser tan devotos de las celebraciones católicas! 257 años cumpliendo la orden de levantarse a las 5:00 a. m. para alabar a un único Dios; 257 años observando esclavos correr desde la playa hasta el pueblo, con sus pies descalzos y la piel desgarrada por los azotes (castigo por querer liberarse), y viéndolos finalmente arrodillarse y abrazar la cruz de madera —la misma que aún se encuentra fuera del patio de la iglesia, justo frente a la calle Real y a la plaza Bolívar—, dejando su panteón de dioses, sus creencias africanas ancestrales y su historia para implorar perdón. 257 años de aculturación y sumisión en nombre de la Santa Palabra... 257 años, y los que siguieron.

La señora Edita y Edra contestan algunos detalles que el padre no recuerda. “Edita, los diablos de Chuao son los únicos que ingresan al templo, ¿verdad?”. “Sí, son los únicos”. “¿Pero siempre fue así?”. “No, no siempre. Según, desde una época que... sabes que el sol ahí se afnca y ahí tienen que pagar... entonces no sé quién autorizó... Creo que fue el padre Ignacio, hace alrededor de ‘veintipico’ de años”.

“A pesar de que a este pueblo lo han invadido los Testigos de Jehová, los mormones y los evangélicos, se siguen manteniendo las tradiciones con algo que se llama *mea culpa* como iglesia, a pesar del gran abandono que la Iglesia tiene para este pueblo”, recalca González Castro, y agrega que el Comité Religioso tiene toda la autoridad religiosa en la población; son los catequistas que preparan para los diferentes sacramentos católicos y están conformados mayoritariamente por mujeres y por algunos hombres escogidos.



El reloj marca las 9:00 a. m. y la llovizna no cesa; pero Edita, Sollymar, Edra y otras mujeres del Comité Religioso deciden que se debe hacer la procesión. “No se puede incumplir al santo”.

Tan, tan, tan... suena la campana... poff... un cohete... pan pararampan, pan pararampan, la tumbadora que carga un muchacho acompaña las voces femeninas que rezan: “Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve, a ti llamamos los desterrados hijos de Eva...”.

Seis personas levantan a San Antonio y lo bailan muy suavemente. En la entrada del pueblo, una muchacha reparte velas a quienes acompañaremos la procesión; me entrega una y no puedo negarme. Una niña me ofrece su fuego, pero al poco tiempo dejo que la lluvia apague la llama; es la vela o el lápiz y el cuaderno; debo registrar el momento.

Las señoritas Edita y Edra son quienes lideran el rosario que ahora rezan. Se cubren con un impermeable amarillo, y con sus manos protegen sus velas. La llovizna no importa. Las personas se van incorporando a la procesión, especialmente los niños, quienes no solo saben todas las oraciones y los cantos, sino que no pueden dejar de lado su travesura infantil y juegan con las velas prendidas. “Chamo, te voy a dar un quemazo”, dice uno de ellos, molesto con otro que le quiere apagar la vela.

La procesión pasa justo al lado de la Casa de los Diablos, en la que hay gran movimiento; preparan el altar principal con arcos hechos con hojas de palma, cortinas blancas y doradas, candelero de cuatro tramos, y dos muñecos, muy grandes, vestidos de diablos en pose de danza. Cada tantos pasos un hombre adulto o joven



pasa con una máscara de diablo en sus manos; la lleva celosamente resguardada; se sabe que es promesero.

“¡Gloria, gloria aleluya! Gloria, gloria aleluya, gloria, gloria aleluya, en nombre del Señor”, canta la muchedumbre cuando el santo entra a la iglesia, con el sonido de las campanas, confetis de colores, palmas, y bailando no tan pausadamente al ritmo de la tumbadora. Quienes cargan al San Antonio lo inclinan tres veces de frente al altar. “Está saludando a la Santa Madre”, explica el presbítero González Castro. Luego la imagen se voltea a nosotros y también es inclinada. Siento un medio toque de hombro y la voz del padre, que me dice: “Persígnate; el Santo te está bendiciendo”. Hago lo propio, y noto cómo el ambiente se ha vuelto más festivo.

“Yo no sé a qué tú has venido, pero yo vine a alabar a Dios; yo vine, yo vine, yo vine a alabar a Dios”. Se arma la algarabía. Risas, palmas, el orgullo del padre que, hinchado, comenta que están cantando canciones que él enseñó. El momento es una festa que termina en una panadería que se encuentra detrás de la iglesia, en la que algunos jóvenes, integrantes de la Comisión Religiosa, brindan chocolate caliente y dulce de leche.

Nosotros no nos quedamos atrás y nos guarecemos junto a las señoras mayores que se encuentran en la Casa de la Cultura, resguardándose de la lluvia. En la entrada de la panadería, los niños intentan hacer una columna para ser atendidos, pero es difícil; los muchachos que se encuentran dentro resuelven colocar los vasos de chocolate en una tortera para llevárselos a las personas adultas, sobre todo a las de avanzada edad. El respeto a los mayores es algo que se mantiene en todo momento.



Fueron más los minutos que esperamos el chocolate que los segundos que duró en los vasitos que nos dieron. Espeso y con ese toque que nos indica que estamos en la tierra del mejor cacao del mundo.

Nos dirigimos a la Casa del Santo, pero, aunque son pasadas las 10:00 p. m. el movimiento en el lugar es como si fuesen las doce del mediodía.

Por tanto trabajo, no será posible la reunión. Mañana muy temprano se realizará. Los días de Corpus Christi son atemporales; no existe el “muy temprano” ni el “muy tarde”. Hay que descansar, como dice la señora Edis; mañana será el día más fuerte: la Caída de Los Diablos.

PENAS Y PLEGARIAS EN EL SUELO

Es miércoles, víspera de Corpus Christi, y la lluvia parece que ha lavado el cielo. En Chuao, los colores de las casas se ven más vivos, o por lo menos eso es lo que percibo. Desde muy temprano las calles están movidas. Personas entran y salen de sus casas y arreglan su entrada. No existe ni un papelito en las calles. Los perros y gatos callejeros deambulan libremente y saben que deben hacerlo ahorita, pues más tarde un cuerazo podría quitarles la felicidad. Nosotros nos levantamos con el alba. Nos mueve conocer la manifestación.

Los primeros que nos reciben en la calle son los niños, que comienzan su jornada de juego muy temprano. Los más grandecitos parecieran estar muy quietos y pensativos; deben estar concentrados. Ni hoy ni mañana jueves hay clases en la única escuela que hay en Chuao; incluso el viernes los maestros saben que sus estudiantes no asistirán, pues muchos de ellos son devotos del Santísimo Sacramento.



Hasta hace algún tiempo los “maestros pueblo”, es decir, los cultores, eran quienes le hablaban a la muchachada de la manifestación, los custodios de transmitir la tradición oral a la futura generación chuaense.

“Este año ingresaron 12 diablitos nuevos; el año pasado fueron 20. Deben cumplir un año de catequesis y aprender las oraciones, pues deben estar preparados en todo momento, no solo en Corpus Christi”, refiere la señora Edis Liendo, quien desde muy temprano visita la Casa del Santo para rezar, santiguar y vigilar que todo se esté cumpliendo como se lo enseñaron sus antecesoras para la Caída de los Diablos. “Es el día más fuerte, es el día de la Caída, es la parte en la que ellos se ofrecen al Santo, es la parte más espiritual, un día de encontrarse”, recalca.

Caminando en la calle con sombrero, blusa blanca y una falda verde larga, la señora Edis Liendo saluda a todo el que pasa. Conoce sus historias y tiene la autoridad y sabiduría para cuestionar algunas actitudes, sobre todo si van en contra de la tradición del pueblo.

En la Casa del Santo ya montaron el altar. Cada cierto tiempo entra en silencio algún hombre, joven o niño, en grupo de tres o solo, y con solemnidad prende una vela. Se hinca y pareciera repetir oraciones. En este altar han puesto la fotografía de un muchacho y, junto a él, una máscara de diablo. Fue un promesero que falleció hace un mes y, como otros tres, este día será honrado con el sonido de las maracas del resto de sus compañeros de la cofradía.

Reinaldo Chávez, primer capitán cajero, junto a Henny Liendo, presidente de la Cofradía Diablos Danzantes de Chuao, nos esperan para puntualizarnos las normas. Tomar distancia del capataz; no estar entre las dos flas de diablos ni dentro de la casa



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



en la que se santiguan y visten los cofrades; los danzantes no están obligados a dar entrevistas... son parte de las indicaciones que nos dan, que muchos cumpliremos y otros olvidarán durante la celebración del Corpus Christi. Un grupo de 12 fotógrafos de Nueva Esparta está presente, ávidos de tomar cada detalle.

Aunque no están vestidos, los danzantes se reconocen. Van vestidos con su atuendo cotidiano: su short, franela o jean; pero la forma celosa con la que cargan una caja o bolsa, así como las medias de colores y alpargatas cuidadosamente adornadas con fores hechas con cintas, los delata: son promeseros.

Ya casi son las 11:00 a. m. y las personas se aglutan frente a la casa de la señora Augusta. Pronto saldrá la primera “legión”. El padre José Luis González Castro prefiere llamarla “grupo”, pues “la otra palabra es del demonio. Hay que decirla bajita, aunque ellos (los danzantes) mencionen a los ‘grupos’ así”, dice.

Suena el primer cohete... tan, tan, tan... le sigue la campana de la iglesia. El primer capitán cajero, Reinaldo Chávez, inicia el toque de la caja. Comenzó la Caída de los Diablos.

Siento una opresión en la boca del estómago, y así será hasta que termine el ritual. Decido entonces seguir la marea de personas que, como yo, quieren hacer todo el recorrido de los diablos.

El primer capitán, Antonio José “Pito” Montiel, sale de primero. Sus pantalones son largos, culminan en faralao, y son de color blanco con círculos de colores. Su camisa es manga larga, brillante, dorada, azul, roja. Lleva la máscara puesta, que por jerarquía tiene chiva. Al igual que los otros dos capitanes, el capataz y la Sayona, hoy



tendrá el mandador y el rabo suelto, pues su deber en primer lugar es que el “mal” no se le atraviese.

Va danzando y dando cuerazos al suelo para abrir el paso a la primera legión. Le sigue la señora Edis Liendo, quien lo rocía de agua bendita y le da ramalazos de hierbas como albahaca, alelí, hierbabuena y azahar. Detrás de ella va Sollimar Pérez haciendo lo mismo que su antecesora; van orando, y él danzando.

Cada cierto tiempo se cae de medio lado y sigue su marcha. Llega a la Cruz del Perdón, que muy temprano ha sido adornada con fores propias de Chuao y que, una vez más, será honrada como un símbolo de resistencia y recuerdo de aquella esclavitud a la que fueron sometidos los primeros pobladores de esta tierra. Allí lo espera el padre González Castro, quien toma su aspersor y “En nombre del Padre, el hijo y el Espíritu Santo” lo bendice para que siga su rumbo. Este danzante fue perdonado, como aquel esclavo que, abrazado a la cruz, también imploraba perdón.

Todos en el pueblo quieren perdurar el momento; sacan sus celulares, tablets o cualquier perolito que tome la mejor imagen que evoque en el futuro la emoción que se vive. Yo me pregunto: ¿cómo relatar la expresión del momento? Busco símbolos, sentimientos, pensamientos, escribo como loca en mi cuaderno, pero la energía del entorno muchas veces detiene mi lápiz y hace que el corazón viva. Una niña me pregunta sobre lo que hago. “¿Escribir lo que pasa?”, respondí. “¿Para qué?”. “Para publicarlo en un periódico”. “¿Y por qué?”. “Para que todos conozcan la manifestación”. Su rostro mostró un ademán de incredulidad que me hizo dudar para qué escribía.

El primer capitán llega justo frente a la casa de Jesús Franco, su antecesor, quien ahora, después de su trascendencia, ha sido nombrado capitán mayor. Danza y, a



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Chuao, Aragua. 2017.
Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



medida que lo hace, las hijas del señor Franco emprenden el llanto; no pueden contenerlo. Nuevamente observan frente a su hogar aquel ritual que vieron de su padre a lo largo de su infancia, adolescencia y adulterz. Nuevamente el primer capitán hace la primera danza que da la partida al resto de la diablada. Otra vez la tradición de sus ancestros se hace presente, pero ya no en el cuerpo de su padre... El nudo en la garganta se deshace en llanto... Ahora quien danza es su hermano.

El primer capitán sigue hasta la entrada del templo; allí lo espera otro par que ha estado delicado de salud, pero, como cada Corpus Christi, se vistió para honrar la tradición familiar. Lo abraza. Se ha cumplido nuevamente la misión, tal como lo hicieron sus padres, sus tíos, abuelos, bisabuelos y... se pierde la lista.

La caja suena como latidos del corazón. El pueblo se alborota. Sale otro promesero danzando de forma exagerada. No llega a la mitad de la calle. Es tomado entre varios y lo meten a una casa. Aún no es su turno. La gente murmura. El día siguiente, el primer capitán me comentará que esa fue una manifestación del Maligno, y que el muchacho salió de la casa de Augusta Chávez como poseído; que el joven le confesó que no sabía lo que hacía, pues comenzó a temblar, y sentía que algo lo empujaba a que saliera en ese momento; no podía controlarse, y no estaba tomando.

“Nosotros tenemos nuestras contras debajo del traje. Tenemos dos reliquias; son dos aros de cordel con almohadillas en algunos extremos donde llevan Santo Cristo, palma bendita, un crucifijo y un rosario. Pero además de ello llevamos las oraciones, y hay algunas muy importantes para alejar al Maligno en casos extremos, como ‘la Magnífca’. Hay otras oraciones que no se pueden comentar mucho, pero son de protección, y esa es la misión”, explicó Montiel.



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Ahora sí, el primer capitán auxiliar sale a la cabeza con dos hileras de danzantes. Las madres espirituales, con sus ramas, rocían agua bendita a los promeseros; son las únicas que van entre las dos columnas en las que avanzan los diablos. “¡Arriba, diablo!”. “¡Vaya, diablo!”, aúpa la gente.

El sonido de las campanas de la iglesia se une con el de la caja; lo acompaña la melodía de los cencerros, las campanitas y los cascabeles que cuelgan de la cintura de cada danzante para espantar al Maligno, al que no le gustan esos sonidos.

Los colores de los trajes de los danzantes parecieran hacer juego con las fachadas de las casas. Medias de colores, telas estampadas, unicolor, todas de colores vivos. Avanzan, y tienen cubierta la cara con las telas y las máscaras que se quitarán cuando lleguen frente al templo, y aún más cuando estén de frente al Santísimo. Hay un danzante cuyo traje fue tejido completamente en crochet de color azul y verde, con encajes dorados y espejitos. “¡Este si le echó...!”, comenta la gente.

A cada cierta distancia, los danzantes se sientan de lado, nunca cruzando los pies. “Váyalo, diablo”. “¡Maraca, diablo, maraca!”, dicen las voces emocionadas, entre ellas la de la señora Luisa Castillo, cuyo esposo fue primer capitán de caja por más de 40 años, y ahora danzan su hijo y su nieto. Les grita a los danzantes para que se animen, y relata cómo, durante el año, se preparan para este día.

“Es una emoción demasiado grande. Cuando ese cohete suena, a una el corazón le brinca y hay mucha emoción”, expresa la señora Castillo a un costado de la plaza Bolívar del pueblo, que en ese momento está completamente llena por personas que quieren observar el recorrido de los diablos.



Al otro extremo de la plaza se encuentra un grupo de mujeres que aplaude, grita y se ríe con el paso de cada uno de los danzantes, quienes, luego de ser bendecidos en la Cruz del Perdón y de atravesar la plaza, deben pasar obligatoriamente por esa esquina para seguir al patio de secado, donde pagarán penitencia ante el Santísimo. A esa esquina la llaman la “Esquina Caliente”, y entre las presentes está la señora Edita González, con su hermana Tania Ferro y sus hijas y sobrinas, que se van incorporando a medida que pasan los minutos. “Somos una familia grande y nos reunimos en esta fecha. Vienen de todos lados”, refiere.

Ya han pasado todos los diablos de la primera legión; están rendidos boca abajo en el patio de secado, justo de frente al templo. Para el sonido de la caja, el segundo capitán cajero se alista para comenzar su labor. Pareciera que todo vuelve a la calma, pero no es así. Un niño, que por sus pasos se sabe que no pasa de los tres años, corre en dirección a donde se encuentran los danzantes. “Ey, ¿para el patio a qué, ah? ¡Van a caer los otros diablos!”, le dice la madre, y el infante entiende desde pequeño que ese aún no es su lugar.

Las ventanas y puertas de las casas están abiertas de par en par, no solo para observar la manifestación, es una costumbre que se mantiene las 24 horas del día en Chuao.

El sol del mediodía es inclemente; el pavimento se calienta más y el olor a cacao fermentado se hace más fuerte. Suena el segundo cohete, repican nuevamente las campanas y el segundo cajero inicia su toque: es el turno de la segunda legión. El primer grupo sale del patio de secado hacia la Casa del Santo; ha cumplido al Santísimo.



Las mujeres en la “Esquina Caliente” se han vuelto a acomodar para esperar a los danzantes, mientras los promeseros hacen el recorrido desde la casa de la señora Augusta hasta el punto en el que me encuentro con la señora Edita, quien me comenta que, aunque debería estar santiguando y orando como el resto de sus compañeras del Comité Religioso, prefere estar en ese sitio. “Estoy pendiente cómo danzan y les doy ánimo. Aquí gozo un puyero”, confesa.

Algunos de los hombres del pueblo se le acercan al cajero, le dan agua, le hablan, pero esto no afecta el ritmo musical. El capitán caje-

ro tiene adhesivos en los dedos para evitar que el roce de los palitos o baquetas con las que percute la caja lo lastimen. Durante casi una hora o más deberá tocar sin parar, y eso no es cualquier penitencia. Es el único de los promeseros que no tiene máscara.

Espero a la segunda diablada junto a la señora Edita, su hermana y sus sobrinas. La señora Edita me cuenta que antes no era como ahora, pues los niños les temían a los danzantes. “Yo me metía debajo de la cama o me montaba en un árbol que tenía mi mamá en el patio y, cuando uno se portaba mal, los padres le decían a uno que le iban a decir al Diablo que se lo lleva”, relata, y suelta una carcajada.

Pasa el segundo capitán, y luego algo de distancia. Caminando de frente a la Cruz del Perdón y de espaldas al cajero, se acerca a la “Esquina Caliente” el segundo grupo. “¡Arriba, diablo!”, grita la señora Edita, quien junto a sus sobrinas y su hermana trata de adivinar quién está detrás de la máscara. “Hay unos que los reconocemos y hay otros que no. Si llegamos a saber quién es, empezamos a sacarles los trapitos al



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



sol. Les decimos los cuentos que uno sabe de ellos, si le montan cacho a la mujer...”, comenta con jocosidad.

“¡A ese diablo lo botaron!”. “¡Arriba, diablo!”. “¡Ta botao. Dos mujeres, un camino, diablo!”, gritan las mujeres a un danzante; éste, en respuesta, les puya los pies con el mandador.

Los colores vivos de los trajes se hacen más brillantes con el sol. Un diablo grande y otro pequeño están vestidos de la misma manera, y bailan muy similar; se sabe que son padre e hijo. También, más tarde, pasan tres diablos, casi de la misma estatura y con igual traje: lo que dice que son de una familia. En esta celebración danzan abuelos, tíos, primos, hermanos, padres e hijos, y las mujeres siempre pendientes para arreglarles la indumentaria.

Todos los diablos de la segunda legión han caído ante el Santísimo. Henny Liendo, presidente de la Cofradía Diablos Danzantes de Chuao y también tercer capitán cajero, toma el instrumento y espera la señal para comenzar a tocar. Sonó el tercer cohete, viene la última legión.

La señora Edita me comenta que este grupo es especial, porque vienen los diablitos que danzan por primera vez agarrados de la cola de la Sayona (Eduar Liendo), la mamá de la diablada. Este diablo es el único que tiene falda, y su máscara tiene forma de vaca, con orejas y zarcillos. También en este grupo viene, con su larga chiva en la máscara, el capataz, Francisco Javier Ladera, el papá de la cofradía.

Cinco danzantes de las legiones anteriores se acercan al cajero y danzan para esperar a “sus hermanitos, a su mamá y a su papá”, describe Edita. Cuando llegan



los niños, son cargados en brazos por los promeseros grandes, quienes también alzan a la Sayona y abrazan al capataz.

Uno de los diablos reta al cajero y le danza “El Corrido”, un baile rápido con movimientos bruscos de pie, brazos, cabeza y cuerpo. “¡Ese diablo ya está viejo!”, le dicen las mujeres para que se mueva más rápido

“¡Ese diablo le sale cárcel! ¡Lo agarró la reja!”, insisten. Con la máscara puesta, pareciera que el promesero se burlara de quienes lo observamos. “¡Es Alexis! ¡Ese es mi diablo!”, exclama más fuerte la señora Edita.

Avanzo unos metros para acercarme a la entrada del patio de secado. Una señora de avanzada edad se coloca delante de mí, comienza a mover la boca como rezando en voz baja y hace la señal de la cruz al danzante que va pasando. Lo mismo hace con otro que le sigue. Al parecer viene desde la entrada del templo, y a cada danzante le da la bendición. Los está santiguando.

La Caída culmina; todos están en la Casa del Santo. Allí, 224 danzantes se arreglan para orar frente al altar, pedir por sus compañeros que partieron a otro plano y completar parte de la jornada.

Nosotros nos iremos a almorzar, aunque ya es media tarde, mientras los diablos visitan las casas de cada promesero y de personas vinculadas con esta creencia popular. Al final de la tarde, el patio de secado se llenará de personas para observar a todos los danzantes, con la máscara en la cabeza por estar de frente al templo, danzando sus coreografías, como “La Mojiganga” y “El Corrido”.

Los niños varones que observan la danza saben que algún día serán promeseros. Uno de ellos le dice a mi compañero de equipo: “Tú puedes ser diablo”. Él le



responde: "No puedo, no nací aquí". "Pero mi papá vive en Choroní". "Sí, pero seguro viene mucho y es de aquí". El niño se quedó pensando o entendiendo que tenía algo que otros no, y que era necesario para ser danzante: ser nacido en Chuao o ser descendiente de un chuaeño.

114

La jornada ha sido intensa. Nos queda descansar, aunque nos han anunciado que habrá un Velorio de Cruz. Mañana será jueves de Corpus Christi.

AVE MARÍA DIABLO: LLEGÓ CORPUS

Esa noche no pude dormir casi, sentía que me iba a perder la salida de los primeros diablos en Corpus Christi. Además, la habitación en la que dormía quedaba justamente del lado de la calle, por lo que los sonidos que se producían afuera se escuchaban con gran intensidad adentro. Esto no me es impedimento, pero ese día la ansiedad se apoderaba de mí.

El sonido de tambores acompañó mi velada. Realmente me percaté de ellos cerca de las 3:00 p. m. y, pensando que era la caja, abrí la puerta, pero, como aún era muy temprano, afné más el oído y pude diferenciar que el sonido no era como el que se les toca a los diablos; parecía parranda, o más bien fulía. "Seguro quedaron tocando tambor luego de la festa de anoche", me dije.

A las 4:40 a. m. sonó el primer cohete. Inmediatamente me alisté y traté de llamar a mi compañero fotógrafo para no perdernos el momento. Cuando sonó el segundo cohete, a las 5:00 a. m., ya me encontraba sentada afuera, en la calle, justo en la acera de la prefectura, y fue allí cuando los vi. Caminaban solemnemente, con



su máscara puesta en la cabeza y sus rostros descubiertos: eran los tres capataces y el primer capitán cajero.

“Buenos días”, me dijo uno de ellos. Cuando pasaron frente a mí, eran apenas cinco diablos; los seguían también unas muchachas. Cada vez que pasaban cerca de una casa, un danzante se iba incorporando. Así recorrerían el pueblo para iniciar la jornada de Corpus Christi.

Cuando mi compañero fotógrafo salió, los danzantes se habían perdido en la calle. Fuimos a buscarlos y, en la entrada del pueblo, los mismos tambores que escuché de madrugada estaban sonando en un Velorio de Cruz. Ya eran casi las 5:30 a. m. y se notaban cansados; sin embargo, el compromiso era más grande.

La enorme cruz, como de metro y medio de alto y ancho, estaba adornada con fores de muchos colores, y el altar tenía cortinas doradas y blancas, cuidadosamente arregladas. Un señor que esperaba a que el primer bus de la mañana lo llevara a la playa a tomar las lanchas nos comentó que este velorio lo hacen desde hace mucho, justo la noche de la víspera de Corpus Christi.

Tres tambores, maracas, un furro y tres charrascas acompañan las voces cansadas pero animadas de quienes han pasado la noche entre décimas y fulías. Las mujeres son las que más energía tienen, e invitan a sus compañeros a que no se duerman y se mantengan en el toque. Una que tiene el bolso para retirarse, se devuelve, y toma la charrasca para retomar el canto. Tocan para no dormirse; es un reto que deben cumplir. Hacen chistes. Es necesario cantarle a la Cruz.



El sonido de los cascabeles y cencerros nos indica que algún diablo está cerca. En efecto, vemos al danzante y vamos detrás de él. Aún no ha salido el sol completamente y los danzantes entran a una de las casas que se encuentran muy cerca del templo.

Frente al patio de secado, el prefecto Luis Franco Montiel y su hermano Julio, dos de los 11 hijos del capitán mayor Jesús Franco, me comentan acerca de esta devoción que nace con todo chuaense. Este último explica que el jueves de Corpus Christi es el único día que se madruga en la celebración, pues el resto de los rituales será después del mediodía. “Cuando yo bailé por primera vez tenía como 11 años. Yo creo que a las tres de la mañana yo estaba aquí (patio de secado del cacao), por la fiebre de estar en la cofradía”, recordó el señor Julio.

Pago de promesa, una buena pesca y una excelente cosecha son algunas de las motivaciones que —explica el señor Julio— impulsan a un chuaense a vestirse de diablo. Pero la más grande de ellas es ratificar la identidad de este pueblo que les ha heredado sus ancestros.

Los cofrades se forman en dos hileras en el patio de secado, justo frente a la iglesia Inmaculada Concepción. Algunos de los danzantes tienen otro traje y emplean dos y hasta tres para todo el ritual. Hoy los danzantes tienen el rabo y el mandador suelto. Se colocan las máscaras en las cabezas, descubriendo el rostro, porque están ante el templo. Siempre deben guardar respeto. Los capitanes están pendientes de que cada diablo cumpla con las normas y, si a alguno se le olvida, un cuerazo se lo recuerda.

Se acuestan en el piso e inician sus plegarias. El sol apenas sale, así que el piso no está tan caliente como ayer. El olor a cacao pareciera que en la mañana se revitalizara, se hiciera más fuerte.



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Salen del patio de secado y continúan la faena de recorrer cada casa. Esta vez van a lo que fue el hogar de la madre espiritual Augusta. La Sayona, el capataz y los capitanes entran de primeros, siempre danzando y moviendo sus maracas al ritmo de la caja. Rinden honor a quien durante muchos años los protegió contra los malos espíritus y augurios. Luego entran, uno por uno, los promeseros, quienes demuestran sus dotes en la danza, como símbolo de permiso para entrar. Son aupados por los compañeros que se encuentran adentro.

En la casa hay una algarabía; bailan, cantan y, generalmente, los dueños de casa tienen algo de comida y bebida para los visitantes. Se van hacia una de las calles del pueblo que aún tiene piso de tierra, y bailan en otra de las casas, en la que los espera alguna de las mujeres del Comité Religioso con el desayuno.

“Estás viendo que no hacen nada”, le dice una muchacha a su hijo de tres años, que ve a cierta distancia la danza de los diablos. La muchacha comenta que ella también era igual, aunque su papá también pertenecía a la cofradía. Lloraba y se escondía, hasta que a los siete años vio a su padre bailar para ella.

Tanto es el temor del niño, que el año pasado le dio fiebre para no ver a los diablos. El pequeño sufre de taquicardia, y un familiar ha decidido bailar para pedirle al Santísimo que lo cure; de ahí la devoción de toda la familia, además de la tradición que cumplen.

Seguimos con los cofrades recorriendo las calles y, cuando estamos frente a una de las casas, me coloco a un extremo para ver la jornada. De pronto, un diablo se lanza al piso, me toma el pie y, con un pañuelo, comienza a limpiarlo. Mi risa nerviosa no



se hizo esperar, y mi compañero fotógrafo aprovechó la oportunidad para tomar la respectiva foto y mencionar que se le había olvidado decirme que eso podía ocurrir.

No entiendo lo que ocurría. Solo me queda reír, pues el diablo en cuestión solo hace sonidos onomatopéyicos, como lamentos, y me sigue limpiando los pies. Dos diablos salen a perseguir al fotógrafo, y escucho a uno de los pobladores que me indica que le dé una propina. No sé si existe un valor. El diablo, con una mano, me limpia el pie, y levanta la otra, haciéndome señas para que le dé algún efectivo. Tomo un dinero de la cartera y se lo doy. Me da la mano y, con un “gracias” entre dientes desde el fondo de la máscara, se va.

Mis compañeros no se pueden salvar, pues entre varios diablos los acorralan con sus mandadores para que se dejen limpiar los pies y recibir su propina.

Cerca del mediodía llegamos al sector “Los Caimitos”, donde los danzantes se quitan las máscaras y proceden a comer mangos, como se acostumbra en la manifestación. Allí tuve la oportunidad de hablar con Antonio “Pito” Montiel, primer capitán, quien por fin tenía un chance para conversar. “Corpus Christi, para Chuao, es lo máximo, es el sueño de cada niño, siempre pensando en esa oportunidad de hacer la Primera Comunión para pertenecer a la cofradía de Diablos Danzantes, y después que hacemos nuestra promesa ante el Santísimo es cuando realmente comienza ese amor, esa devoción, porque es allí cuando nos damos cuenta que es un regalo de nuestros ancestros, y nosotros lo seguiremos haciendo para enseñárselo a las nuevas generaciones”, expresó.

Este primer capitán se mantiene activo durante todo el año, enseñando la manifestación en cualquier lugar que se le requiera, aunque confesa que los espacios



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



para difundirla se han reducido. “El gran compromiso es el respeto al Santísimo y el amor a la devoción, a la fe; eso es lo que nosotros hacemos y transmitimos día tras día”, recalca.

A las 4:00 p. m. suenan las campanas de la iglesia y la diablada debe presentarse al templo para presenciar la misa. Esta iglesia de arquitectura colonial es pequeña, pero aun así logra albergar este día a todos los 224 danzantes, más las personas mayores, los integrantes del Comité Religioso y el pueblo en general, que se acercó a presenciar la misa de Corpus Christi.

Generalmente, esta liturgia es al mediodía, pero, por problemas familiares, el sacerdote González Castro no puede llegar antes.

Los danzantes están en el piso, con las máscaras en la cabeza y el rostro descubierto. El cajero y los capitanes tratan de mantener el orden dentro del recinto religioso. Las integrantes del comité, constantemente les recuerdan a los promeseros que deben guardar la compostura dentro de la iglesia.

Una muchacha de short muy corto se acerca a la iglesia; parece que viene a registrar audiovisualmente la misa. Las señoras que permanecen dentro, inmediatamente rechazan el atuendo, y al rato la muchacha se retira. Me reviso y respiro; todo está en orden con mi vestimenta; con esto los habitantes del pueblo son muy celosos.

“Amor y temor a Dios”, repite la señora Edita González, quien les explica a los jóvenes la dinámica de la misa y organiza a quienes leerán las lecturas. “Esta es el agua viva: la palabra”. “Estamos en la casa de Dios”, repiten las religiosas.



El padre pide silencio, pero parece inútil. El calor se hace más fuerte a medida que van entrando personas. En este espacio no entran más personas. Los danzantes están cansados y el sitio está abarrotado. Comienza la misa.

Se pide un minuto de silencio por los diablos que han fallecido. Un señor mayor, que no tiene traje, pero que por su mandador y por el respeto que le tienen se evidencia que es un diablo de alta jerarquía, constantemente pone el orden en el templo. Algunos promeseros no se controlan y están dispersos.

Uno de los danzantes lee parte del libro Deuteronomio: “No olvides al Señor, tu Dios, que en esa tierra sedienta y sin agua hizo brotar para ti agua de la roca, y en el desierto te alimentó con el maná, un alimento que no conocieron tus padres. Palabra de Dios...”; la respuesta: “Te alabamos, Señor”, es acompañada con el sonido de las maracas.

El salmo responsorial, la segunda lectura y las canciones que son acompañadas con la tumbadora y las maracas de los promeseros hacen que este acto que tiene el mismo esquema en todas partes del mundo, aquí sea diferente y único. Un danzante pasa con la cesta a recoger el diezmo. Una persona lanza un billete de 50 bolívares que queda colgado en la cesta. Otro de los promeseros que está sentado en el piso trata de arreglarlo, pero el danzante que recoge la limosna le pega en la mano; solo él debe acomodar los donativos.

El momento central de esta celebración ha llegado. El padre toma la hostia y, repitiendo lo mismo que Jesús hace más de dos mil años, la muestra a los danzantes: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros”. En este momento, solo el ruido de las maracas se escucha en el lugar. Las



voces callaron. No hubo necesidad de reclamar. Los promeseros sabían que, para ese momento, habían trabajado casi todo un año.

“Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”. Suenan las maracas. Algunos diablos, especialmente los más jóvenes, comulgan, y se cumple una vez más esta tradición de más de 400 años, Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

Al culminar el acto, los danzantes salen al patio de secado y se forman en dos columnas, de frente a la entrada de la iglesia, esperando a que el padre González Castro, junto al Comité Religioso del pueblo, salga con el Santísimo Sacramento en procesión.

La cantidad de personas es impresionante. Parece que todo el pueblo multiplicado al triple está concentrado en este lugar. Los niños corren, los perros se apartan, las personas tratan de ocupar los mejores puestos para tener el mejor ángulo y ver lo que ocurre.

El profesor César Liendo, director de las Voces Oscuras de la Universidad Central de Venezuela y chuaeño de nacimiento, tiene más de dos décadas tocando en el cuatro “La Dancita” para que los diablos hagan su recorrido durante la procesión. Hace lo propio: comienza a tocar y otro promesero que está distante también lo hace, para que toda la cofradía pueda escuchar durante todo el recorrido.

El Santísimo va de primero, resguardado por un palio o baldaquino, que es una suerte de toldo sostenido por unos varales que sujetan cuatro danzantes. Luego van



las mujeres del Comité Religioso, junto al maestro César Liendo, y luego las hileras de danzantes que dan el todo tras dos días de jornada.

Un promesero danza con una bebé en los brazos; así lo hará durante toda la procesión, hasta retornar al patio de secado de cacao, cuando la entregará a su madre. La promesa ha sido cumplida.

Realizado el recorrido, los diablos demuestran en el patio de secado por qué se les dice danzantes y, tras realizar las diferentes coreografías, con la expresión de satisfacción por la consecución del deber, se dirigen a la Casa del Santo.

Mañana en la tarde seguirán la jornada, un poco más libres, pero con igual respeto. Compartirán en el río el sancocho de los diablos; contarán anécdotas y hechos graciosos; festejarán junto a pobladores y turistas. Luego de eso, continuarán en las calles, preparándose para San Juan, la festa de la Playa, los Pastores, y todas las festas por venir.

Cruzo nuevamente en lancha hacia mis selvas de concreto. Un pelícano nos acompaña en el recorrido, nuevamente de suave marea. Retorno con una especie de nostalgia, con la apreciación de un pueblo que se resistió al tiempo y a los embates del demonio globalizador de conciencias, patrones, estereotipos y sentimientos. Me voy con la sonrisa de los diablos, con las carcajadas de las mujeres, con la alegría de los niños, con la solemnidad de los ancianos y con el olor a cacao en mi memoria.



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



El sonido de la caja a lo lejos



La señora Edi Liendo confiesa que le han pasado muchas cosas “no tan normales” no solamente con los Diablos Danzantes, sino también con el resto de las manifestaciones culturales de devoción que se ejecutan en Chuao.

Para ella el miércoles previo a Corpus Christi es fuerte, no solo por la cantidad de gran cantidad de personas que visitan el pueblo, sino además es el momento en el que los promeseros se ofrecen al Santísimo, es como una prueba. “La preparación de ellos espiritual tiene mucha carga de energía”, enfatiza.

Precisamente un año, de víspera de Corpus Christi, esta madre espiritual iba cerca de la Cruz del Perdón cuando entre la diablada escuchó que faltaba un danzante. El capitán, quien tenía la lista de cuántos danzarían ese miércoles, contó varias veces pero siempre faltaba uno. Se percataron que era un muchacho que trabajaba en Maracay, por lo que asumieron que no le había dado tiempo de llegar.



Liendo bajo entonces y observó a lo lejos el muchacho que creían que no había asistido. Estaba vestido y danzaba en dirección contraria al lugar en el que estaba el resto de la cofradía.

La mujer rápidamente fue al encuentro con el danzante.

—Ey ey, ¿a dónde vas tu? -le preguntó.

—Es que la caja está hacia abajo -respondió. Los danzantes siempre se van en la dirección que indica la caja, instrumento musical que guía la danza de los diablos.

—No, está para arriba.

—Está para abajo.

—Te digo que está para arriba -insiste Liendo con más contundencia.

—Tú no te vas para abajo.

Al decir esta frase, la mujer se le pone de frente y comienza a rezar y a cruzar al promesero, quien poco a poco cedió y se devolvió al pueblo con la catequista.

Al llegar al Sacro Santo, el joven , ya consciente del error, expresó:

—¿Para dónde iba? Yo sentía que me halaban para abajo.

—Si no voy te ibas a perder- contestó Liendo.

Cuenta la leyenda que muchos danzantes han escuchado la caja en otra dirección y se han perdido, y que cuando “el Maligno” está cerca un olor a azufre impregna el lugar, tal como pasó un día de Corpus en Chuao cuando la diablada se percató, que entre los cerca de 200 cofrades tendidos en el piso había un diablo demás y comenzó a orar. Una brisa espesa, como una tiniebla y una pestilencia que por siempre se quedará en la memoria de los chuaenses

indicó que allí había estado el mismísimo mandinga que ese día se zafó del pie de San Miguel para asustar a más de uno en la tierra del mejor cacao.



Chuao, Aragua. 2017. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER

Una tierra que no olvida a sus promeseros



Tres días después del Corpus Christi del 2015, cuando los turiameros bajaron de las camionetas que los trasladaron desde Maracay hasta la tierra de sus ancestros, se hizo un silencio rotundo. Las canciones de grupo religioso que sonaban a todo volumen y que provenían de las dos cornetas colocadas en el lugar callaron. Solo se escuchó el apacible sonido del mar de la bahía de Turiamo, que daba la bienvenida a sus hijos, quienes retornaban a sus brazos de arena luego de 57 años de destierro

Con bastón en mano y el paso pausado de quien ha vivido 90 años, Víctor Tovar, “Campolo”, se acercó a contemplar la playa y el barco Cachapuá, que en 1928 quedó encallado en la orilla de la playa. El mar seguramente le hablaba de mareas y olas, de cuando pescaba con la atarraya, el lebranche, el jurel y la lisa en Las Salinas, en la zona que está camino al cementerio.

Como Campolo, muchas personas que se encontraban en el grupo, sobre todo aquellas de la tercera edad que dejaron atado su cordón umbilical a estas tierras,



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



caminaban hacia el mar, atraídas por una especie de hechizo evocador que les hacía contar historias con el tono característico que solo la nostalgia sabe expresar.

Niñas, niños y adolescentes, con su típica rebeldía, parecían cubiertos de una felicidad similar a la de un pájaro cautivo que al fin vuela libremente por el cielo que contemplaba desde las rejas de una jaula.

Aquel día, no todos se vistieron de diablos. Algunos simplemente se limitaron a acompañar a los promeseros que decidieron honrar al Santísimo en el suelo donde comenzó toda la historia de su devoción. Uno de ellos fue Douglas Croquer, quien confesaba cómo se le ponía la piel de gallina al estar ese día en Turiamo. Pese a que no nació ahí, evocaba las historias de su padre, de Campolo y del primer capataz, Casimiro Croquer, cuando hablaban de las siembras de café, plátano, ocumo, arroz, y “del mejor cacao del mundo: el de Turiamo, de la misma semilla del cultivado en Chuao, porcelana de primera”.

La señora Gisela Flores, señalando hacia el sur, recordaba cómo en aquel lugar abundaban los alimentos para subsistir, pues los cosechaban ellos mismos. Solo iban a Carabobo cuando necesitaban telas u otro artículo que en el pueblo no se elaboraba, y para ello los hombres caminaban por el Cerro Reinoso, por tres o cuatro horas. En este pequeño paraíso tenían su capilla, sus escuelas y bodegas, y hasta un pequeño cine.

“¿Tú sabes a cómo era la entrada del cine? A real; costaba un realito, hija”, expresó con una gran carcajada el primer capataz de los diablos, Casimiro Croquer.

Siempre con su mandador en la mano, Croquer vigilaba que todos los diablos que ese día danzaban no se fuesen a descarrilar, y que el ritual se cumpliera de manera



similar a como él comenzó a hacerlo a los 10 años de edad. Siete décadas y media han pasado desde aquel

Aquel día no todos se vistieron de diablos. Algunos simplemente se limitaron a acompañar a los promeseros que decidieron honrar al Santísimo en el suelo donde comenzó toda la historia de su devoción. Uno de ellos fue Douglas Croquer, quien confesaba cómo se le ponía la piel de gallina al estar ese día en Turiamo. Pese a que no nació ahí, evocaba las historias de su padre, de Campolo y del primer capataz, Casimiro Croquer, cuando hablaban de las siembras de café, plátano, ocumo, arroz y “del mejor cacao del mundo: el de Turiamo, de la misma semilla del cultivado en Chuao, porcelana de primera”.

La señora Gisela Flores, señalando hacia el sur, recordaba como en aquel lugar abundaban los alimentos para subsistir pues los cosechaban ellos mismos. Solo iban a Carabobo cuando necesitaban telas, velas u otro artículo que en el pueblo no se creara y para ello los hombres caminaban por el cerro Reinoso por tres o cuatro horas. En este pequeño paraíso tenían su capilla, sus escuelas, bodegas y hasta un pequeño cine.

“¿Tu sabes a cómo era la entrada del cine?, a real, costaba un realito hija”, expresó con una gran carcajada el primer capataz de los diablos, Casimiro Croquer.

Siempre con su mandador en la mano, Croquer vigilaba que todos los diablos que ese día danzaban no se fuesen a descarrilar y que el ritual se cumpliera de manera similar a como él comenzó a los 10 años de edad. Siete décadas y media han pasado de aquel momento y aún sigue con la devoción del Santísimo Sacramento del Altar.



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014.
Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Casimiro estuvo siempre detrás de la diablada y a cada paso señalaba hacia la montaña Anaco, en la que se encontraba el pueblo de San Miguel y más abajo, un sitio que ahora está cubierto por una inmensa maleza, su pueblo: La Playa.

Dibujando en el aire un mapa imaginario de su pueblo, recordaba el lugar en el que nació junto a sus hermanos y sus padres y que le fue arrebatado cuando tenía 27 años. “Mi papá está sembrado aquí, nació aquí y aquí se sembró en 1938. Aquí se quedó”, dijo.

En su vuelta al pasado, el primer capataz relató cómo los dos San Juan Bautistas del pueblo, el de San Miguel y el de La Playa, eran trasladados en una lancha hacia un pequeño morro que apenas se puede divisar desde la bahía. “A las 2:00 de la tarde, se escondían en ese morro, cuando veían el poco de gente en la playa, los sanjuanes regresaban en búsqueda de sus hijos y entonces aquí los recibían esas mujeres con sus banderas y los tambores, eso era bello”, evocaba.

Ese día de reencuentro con la tierra, los diablos danzantes de Corpus Christi se colocaron en dos columnas frente a una capilla dispuesta por los militares que custodian el lugar, que tiene las imágenes de San Miguel y la Virgen del Carmen, patronos de Turiamo.

Danzan, se cruzan tres veces y luego se hincan cada vez que dos promeseros que se colocan frente a las imágenes caen para rendirle honores. Se van rotando, todos deberán pasar frente al altar. Juan de Dios Mijares, el tercer capataz, continuamente contaba a la diablada pues, según sus palabras, ese día era el más peligroso pues el Maligno podía hacerles una jugarreta.



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Con el cuatro al frente, los cofrades de todas las edades danzaban con sus maracas, campanas y mandaderos. Son descendientes de los primeros diablos que, en ese mismo suelo, cedieron su cultura para cumplir con una imposición de sus patronos, que en adelante se convertiría en un profundo acto de devoción y resistencia, para que el destierro solo fuese físico y no cultural.

Los danzantes siguieron recorriendo su pueblo que ahora es ocupado por casas vacacionales. Casimiro Croquer contó que los turiameros casi no les gustaba ir a la playa pues era parte de su cotidianidad; solo en Semana Santa, Carnavales o en otro asueto iban a ver a los turistas y ofrecían pequeños “ranchitos” para que estos disfrutaran también de su tesoro natural.

Frente al mar, justo en una cancha, los diablos danzaron en círculo e hicieron una representación de “El bien y el mal”, en la que siempre el primero es el vencedor. “¿Tú sabes que estaban haciendo ellos allí? Adorando el mar. Nosotros lo hacíamos siempre, por eso será que venían tantos turistas por la devoción de nosotros, respetuosos y cumplidos”, destacó el Croquer.

El sabio cultor comentó que los diablos turiameros no tienen muchas historias con el Maligno pues siempre han respetado las reglas de la devoción. Sin embargo, antes, cuando se contaba a los diablos, se dice que siempre había uno demás. “Esta es una promesa muy peligrosa, por eso hay que respetarla”, enfatizó Croquer y luego confesó, casi como un secreto, que antes de danzar se santigua a cada diablo, con un preparado de agua bendita y otra sustancia aromática, así como con la imposición de una cruz en un lugar que nadie ve.



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014.
Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



Los Diablos Danzantes de Turiamo finalizaron su honra a la tierra y al Santísimo de sus recuerdos a orillas del mar. Al ritmo del cuatro, el Sol y el calor inclemente se intensificaban al acercarse al agua. Sus medias de colores y alpargatas levantaban una nube de arena y de esta forma culminaban el ritual para darse permiso a disfrutar un rato de sus aguas, distintas a otras de la costa aragüeña.

El mar que los abrazaba como la madre que arrullaba a sus hijos, esos perdidos y arrebatados hace tantos años y que aquel domingo se reencontraban con un suelo que añora el amor de sus pisadas.



Bahía de Turiamo, Aragua. 2014. Fotografía: JOSÉ MANUEL PEÑALVER



La fe resistente al destierro



Para los turiameros el encuentro más temible que han tenido con el “Maligno” ocurrió un 21 de marzo de 1957.

Aunque no era cercano al Corpus Christi, pareciera que “el mismísimo” le hizo una jugarreta a San Miguel y decidió hacerse hombre y con una embestidura militar y presidencial arrancó sus hijos a la madre tierra turiamera y arrojarlos en diferentes localidades del país, especialmente a tres sectores populares de Maracay llamados 23 de Enero, Barrio El Recurso y La Coromoto.

Pero a pese a la distancia física, a los supuestos caimanes criados en la laguna, a las trabas para siquiera visitar su cementerio, los turiameros nunca rompieron el cordón umbilical de su tierra. En su mente llevan sus calles, comercios; lo cristalino de sus aguas, lo verde de su vegetación, el sonido y frescura de su tierra y así lo transmiten a sus generaciones.

Cada día de Corpus Christi hacen burla a aquel diablo y demuestra que el destierro fue físico pero no espiritual. Desde la víspera los danzantes inician la jornada



montando el altar y el jueves desde temprano danzan por las calles y se dirigen a la iglesia La Coromoto para asistir a la misa.

La señora Gisela Flores, quien a los siete años le fue arrebatada a Turiamo, cocina para toda la cofradía desde muy temprano y de esta manera cumple con una tradición que heredó de su mamá, que además de curandera tenía una inmensa devoción al Santísimo Sacramento del Altar.

Otro es Juan de Dios Mijares, presidente y tercer capataz de la cofradía. No nació en Turiamo pero lleva en su sangre el arraigo de esas tierras en las que le hubiese gustado crecer. Quizás por ello su esfuerzo por difundir y exaltar esta manifestación, Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

“Cada año para nosotros nacen nuevos danzantes, con nuevas promesas, nuevos promeseros (...) Yo fui uno de estos niños que hoy están viendo y para mí es una satisfacción, tengo 44 años bailando diablo y voy a seguir dándome al Santísimo Sacramento del Altar para que me dé vida y salud para apoyar la cultura”, enfatiza.

El anhelo de los turiameros es que algún día le permitan volver a habitar lo que por derecho les corresponde. Superar las secuelas de aquel diablo que les separó de su arena, sus aguas, su sol. Por eso danzan, por eso sus maracas suenan con fuerza cada Corpus Christi, para que se trasladen kilómetros y le digan a su madre tierra que la tradición sigue intacta y que siempre tendrán fe de que vencerán las tempestades del olvido.

Índice

PRESENTACIÓN / 7

DIABLOS DANZANTES DE CORPUS CHRISTI / 11

EL ETERNO TRIUNFO DEL BIEN SOBRE EL MAL / 19

DIABLOS DANZANTES DE ARAGUA

Cinco baúles territoriales de historia / 27

El capataz no es cualquier diablo / 31

El Maligno no es como antes / 32

DIABLOS DANZANTES DE OCUMARE DE LA COSTA

“¿Con quién viene? Con el Santísimo Sacramento” / 35

“Con esta salgo, con esta entro” / 37

Jerarquía bien ganada / 40

Con sabiduría no hay temor / 42

Colores brillantes con protección / 43

“Toma la cruz, dame la cruz” / 45

Dos columnas: “La dancita” y “El caracol” / 45

El día en que el “Oso” se salvó del Diablo / 49

DIABLOS DANZANTES DE CATA

“Saque sus diablos a la calle porque ya los míos afuera están” / 53

El trabajo duro es del perrero / 54

Capirote abajo / 57

De cuando Liche mató al diablo / 65

DIABLOS DANZANTES DE CUYAGUA

Sentimiento ancestral en rostros juveniles / 69

El danzante que no bailaba cruzado / 83

DIABLOS DANZANTES DE CHUAO

Fervor con aroma de cacao / 87

Penas y plegarias en el suelo / 97

Ave María diablo: llegó Corpus / 114

Una tierra que no olvida a sus promeseros / 131

El sonido de la caja a lo lejos / 127

DIABLOS DANZANTES DE TURIAMO

Una tierra que no olvida a sus promeseros / 131

La fe resistente al destierro / 145

Fundación Editorial El perro y la rana

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroylarana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana
X: [@elperroylarana](https://twitter.com/@elperroylarana)
Instagram: [@perroylarana](https://www.instagram.com/@perroylarana)
Threads: [@perroylarana](https://www.threads.net/@perroylarana)
YouTube: [ElperroylaranaTV](https://www.youtube.com/ElperroylaranaTV)
Tik Tok: [@elperroylarana](https://www.tiktok.com/@elperroylarana)

Diablos danzantes de Aragua
se imprimió
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de julio de 2024





Diablos Danzantes de Aragua: ángeles que no cayeron, es producto de un trabajo conjunto de cerca de cinco años de labores en el diario CS MCY. Ha sido empleada la crónica como canal para transmitir los detalles de una devoción ancestral, que es testigo de una riqueza cultural surgida de la unión de pueblos originarios. Una manifestación que hoy es una de las demostraciones de fervor más identitarias del pueblo venezolano.

NATCHAIEVING MÉNDEZ BLANCO (Caracas, 1979)

Escritora, investigadora, titiritera y cuentacuentos. Egresada de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador- Instituto Pedagógico de Caracas (2001) como profesora de Educación Integral y de la Universidad Central de Venezuela como Licenciada en Comunicación Social. Obtuvo el título de doctora en Patrimonio Cultural de la Universidad Latinoamericana y del Caribe en 2022. Ha trabajado en diferentes instituciones educativas, así como en diversos medios de comunicación como Agencia Venezolana de Noticias, CS MCY, Venezolana de Televisión, Semanario *Todas Adentro*, y como colaboradora en la revista *Épale*, con la columna *Swing Latino*. Por su trabajo periodístico investigativo en Aragua fue reconocida con el Premio Regional de Periodismo mención Investigación, Premio Municipal de Periodismo William Lara del municipio José Félix Ribas, Orden Santa Cruz de Aragua del municipio José Ángel Lamas. Además, recibió una Mención en el IV Concurso Así se cuenta la cultura popular venezolana.



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

